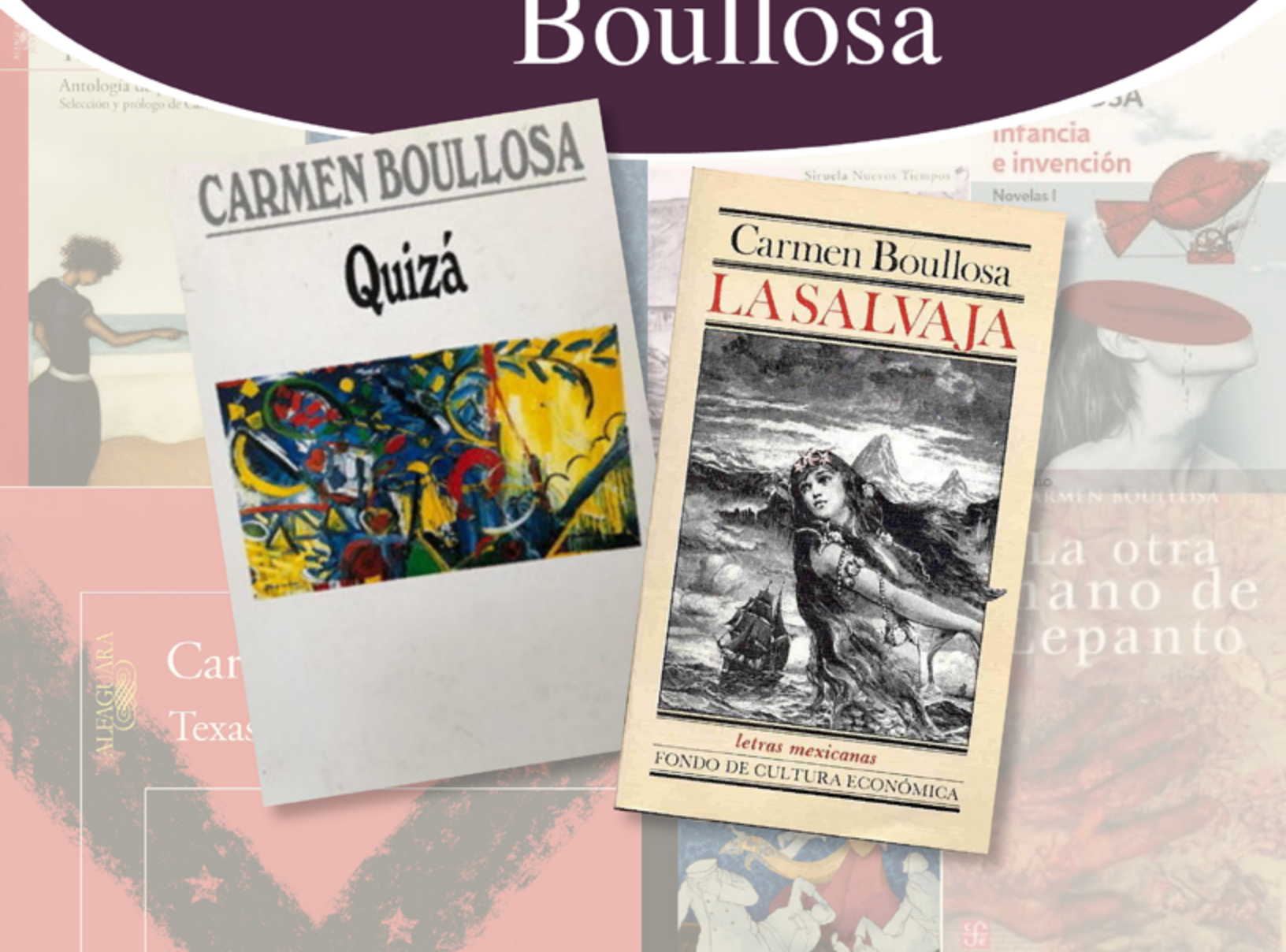
FILEY®
FERIA INTERNACIONAL
DE LA LECTURA YUCATÁN

UC-Mexicanistas

CB

Carmen Boullosa



INDICE

Carmen Boullosa,
Premio Excelencia en las letras José Emilio Pacheco 2023.....3

Poemas: Abierta.....8

Ensayo: Soñar es morir miles de veces.....16

Narrativa: ¡Que viva!.....19

Teatro: Fragmento de Roja doméstica.....43

CARMEN BOULLOSA
PREMIO EXCELENCIA EN LAS LETRAS
JOSÉ EMILIO PACHECO (2023)

María Teresa Mézquita Méndez (FILEY)
Sara Poot Herrera (UC-Mexicanistas)

El sábado 12 de noviembre de 2022 —día que conmemorábamos el nacimiento de Sor Juana Inés de la Cruz— el jurado calificador del Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco 2023, integrado por Max Parra, Norma Klahn, Luzelena Gutiérrez de Velasco Romo, Silvia Cristina Leirana Alcocer y Rosa Beltrán (escritora que recibió el mismo premio en 2022), nos entregó un sobre cerrado. Nosotras —María Teresa Mézquita Méndez, directora de la Feria Internacional de la Lectura Yucatán (FILEY) de la Universidad Autónoma de Yucatán, y Sara Poot Herrera, directora de UC-Mexicanistas— recibimos emocionadas y curiosas (lo mismo que el público del congreso) dicho sobre. En él venía el nombre por el que se había votado. ¡Qué emoción! Nerviosas, al mismo tiempo que animadas y a la expectativa (¡cómo esperábamos ese momento!), abrimos el sobre frente al público del XXV congreso internacional de UC-Mexicanistas, celebrado conjuntamente con el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California, Santa Bárbara. Fue una gran alegría leer el dictamen y el motivo por el cual se decidió que, debido a la excelencia de su obra que cruza al menos cuatro géneros literarios, Carmen Boullosa había sido elegida de manera unánime como ganadora.

Una vez que esa tarde se dejaron de oír los aplausos del público —investigadores, escritores, colegas, estudiantes, ex estudiantes, comunidad académica, gente de la localidad, invitados de invitados, etcétera— en uno de los auditorios del City College de Santa Bárbara (CCSB), una de las sedes de nuestro congreso, llamamos por larga distancia a Carmen

Boullosa. Se encontraba en la Ciudad de México, su ciudad, el origen de su creación, lugar de despedidas y bienvenidas continuas, pues desde hace unos años Carmen vive también en la ciudad de Nueva York. Consultar el catálogo en línea de la Biblioteca Pública de Nueva York y ver lo que contiene sobre Carmen Boullosa en publicaciones, proyectos de literatura y otras artes, en conjunto también con otros investigadores y artistas, mexicanos o no, produce un verdadero asombro por su presencia activa respecto a la cultura mexicana. A lo largo de los años, nuestra autora ha incursionado también en la cultura neoyorkina y en la educación universitaria, en significativos compromisos con otros escritores, todo sin perder nunca el ritmo de su creación y su investigación, despierta y siempre alerta.

La noche que recibió la noticia del premio, Carmen estaba con su familia, por lo que la recepción fue cálida y familiar —como testigos de un premio que en ese momento se le daba a conocer a la madre—, y al mismo tiempo fue seria y solemne al aceptar ella —encantada, nos dijo— este premio, uno más en la ristra de reconocimientos que ha recibido (lo que decimos nosotras). Poco más de tres décadas (como el título de su novela Treinta años), desde el premio literario Xavier Villaurrutia de 1989 hasta el Premio Jorge Ibargüengoita de Literatura 2021 que otorga la Universidad de Guanajuato. En su discurso de recepción de este premio, Carmen habló de su abuelo paterno guanajuatense y de Jorge Ibargüengoitia, también guanajuatense. Bello y original fue su discurso —La risa, la fiesta y la severidad ibargüengoitiana— al recibir agradecida el cuarto premio Jorge Ibargüengoitia de Literatura. Ahora, en este año de 2023, Carmen Boullosa recibe el Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco.

Como ha sido ya una tradición, después de anunciarlo en la clausura de los congresos internacionales de UC-Mexicanistas en la Universidad de California en Santa Bárbara, el premio se dio a conocer en México en la Universidad del Claustro de Sor Juana. Esta vez fue el 23 de noviembre de 2022, donde escuchamos un diálogo entre Carmen Boullosa y Luzelena Gutiérrez de Velasco. Ahora en Mérida, en la entrega del pre-

mio, Assia Mohssine presentará a Carmen Boullosa. En los dos casos, diálogos inteligentes y sólidos, interesantes y sensibles. Son muchos los estudios de la obra de esta escritora, agradecida y respetuosa siempre con sus lectores, sean especialistas o amateurs, que de un libro pasan a otro, navegando entre géneros.

Estamos seguras de que a la hora de recibir el premio —su premio— Carmen Boullosa hablará de José Emilio Pacheco, como de modo entrañable lo hizo Rosa Beltrán el año pasado cuando nos llevó de la mano y de la de José Emilio (y la de Carlitos) a Las batallas en el desierto. Carmen habló de Ibargüengoitia en Guanajuato y también sobre su abuelo de apellido Boullosa. Ahora lo hará sobre José Emilio. Y respecto a los abuelos, ¿pasará Carmen por Tabasco para referirse a su abuela materna, a su tía o a su primo, hermano de leche que vive en Mérida? Carmen fue nieta y ahora es abuela. En el camino, mil libros cruzan su vida, y con ellos entrelaza géneros, generaciones, fronteras. Una escritora que está aquí y está allá, en la cultura, la historia, la literatura. Si hubiera sido actriz (su hija lo es), sería Our Fair Lady de la literatura mexicana: espigadita, la vemos pasar por El Colegio de México anotando entradas para el Diccionario del Español en México. La recordamos también en "El hijo del Cuervo", el icónico y primer bar cultural de Coyoacán. Desde antes, la joven Carmen Boullosa empezó a "negociar" con el hilo de las palabras usándolas en la "memoria ingobernable" de sus libros, esos que desde los años setenta atraviesan décadas, geografías, géneros literarios y fronteras geográficas de las que siempre sale airosa y con más ideas y materiales para el siguiente libro que la espera. Y Carmen no deja que espere. De inmediato pone manos a su obra.

Generosa y cuidadosa, nos prepara este pequeño libro digital con textos suyos que ella misma ha elegido: 27 poemas de Abierta (1980), versos de una segunda voz poética que invoca al cuerpo, a los sentidos de la persona amada, convertida en alondra que vuela en el firmamento distante, y al mismo tiempo en la mano. Un paréntesis: los títulos de Carmen Boullosa son siempre un paso adelante, un atrevimiento con la fauna, como cuando nos dice que Son vacas, somos puercos de 1991, o cuando

nos para en seco con De un salto descabalga la reina de 2002. Su libro Texas Tejas es un serio juego de letras, de fronteras; "la gran ladronería en el lejano Norte" que deriva del título es un salto al vacío, una "x" y una "j" cruzadas en un libro crucial que prende a partir de una frase inicial, ¿cuál frase? (cerremos paréntesis para ir a buscarla en la novela de Carmen Boullosa, donde la historia se transforma en literatura, y viceversa).

El segundo texto elegido por ella para este libro digital es el ensayo "Soñar es morir miles de veces (2012-2022)". Reconocemos el contenido, que nos gustó desde que lo leímos la primera vez. ¿Hubo una primera vez? Claro que la hubo, porque Carmen Boullosa escribe en revistas y en periódicos, y nos pone al día. "El tiempo en la Historia —dice la autora— es de hierro". Boullosa también lo es, un hierro férreo al mismo tiempo tierno, dulce, como el de una escritora que se mece entre sus letras para advertirnos que, si antes oían, hoy Las paredes hablan (2010). ¡Cuidado!

Y ya estamos en su ficción, en su narrativa: "¡Que viva!", un texto de los años noventa, dedicado al escritor venezolano José Balza, de quien nuestra escritora se referiría como "la persona literaria". De una revista, el texto pasaría posteriormente a ser parte del libro Quizá (1995). La dedicatoria de su autora es una prueba más del afecto y lealtad a sus colegas y amistades, al trabajo y arte colectivos, como el que hace con la artista Magali Lara. Lealtad (1981) y Lealtad alterado (2022) son la complicidad de Carmen y Magali. En todo sentido (y con todos los sentidos) es un signo de hermandad, de amistad, un cruce más de vida y arte.

Para concluir con la elección de sus propios textos, Carmen Boullosa recorta el fragmento de una de sus obras de teatro, Roja doméstica, y aquí lo tenemos. Tipográficamente hablando, ese escrito a máquina es un rescate de archivo. ¡Un regalo invaluable, un texto mecanografiado y anotado a mano por su autora!

Tenemos completo este libro que Carmen Boullosa nos obsequia, original y digital, pasado y presente juntos. Es un pequeño volumen que recupera años anteriores y nos acompaña en nuestro momento actual, cuando a una de nuestras notables escritoras se le entrega el Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco 2023. Quisiéramos que este libro "circular" se titulara Carmen Boullosa, una prueba diminuta y representativa a la vez del mérito de la autora, recipiendaria (uso yucatequísimo del término) del premio que conjuntamente entregan la Universidad Autónoma de Yucatán y su Feria Internacional de la Lectura Yucatán (FILEY), y la asociación internacional UC-Mexicanistas, instituciones que han sellado un pacto universitario con el nombre de José Emilio Pacheco. Cuando José Emilio recibió el primer Premio Excelencia en las Letras en marzo de 2013 nos dijo que sus padres se casaron en Mérida. Eso fue en el mes de abril de 1927. Nuestra ciudad es testigo de genealogías. El premio, gratitud a José Emilio Pacheco. El de 2023, a diez años de haberlo recibido él mismo, se le otorga en Mérida a Carmen Boullosa. Este libro digital es de ella, de sus lectores.

"Me acuerdo —dijo Carmen, a una pregunta por encargo— de haber pensado que evocar los recuerdos y usarlos como la chispa del fuego de una ficción convertía a mi memoria en campo quemado. Me acuerdo que por escribir supe que era yo como el ancestral roza-tumba-y-quema de mí misma". Esta presentación es por encargo de la FILEY y de UC-Mexicanistas. Cumplimos con el deleite de leer y releer a Carmen Boullosa.

POEMAS

ABIERTA

1980
(La salvaja, Fondo de Cultura Económica, 1989)

1.
Filo de luz,
fruta abierta que a la noche vuelves fuego
y que a la llama cambias en fresco sentido:
llego a buscar tu aliento, más sedienta:
pozo de amor que me asombras,
cántaro del día.

2.
Metal intacto en la noche sin sombras de la piedra,
tinta oscura vaciada en tierra,
sereno barro virgen...

Cosa tras cosa fuera del yerro,
todo elemento intacto,
antes del sí, del no, de toda forma,
como un molde vacío
o como un río de plata del que nadie puede abrevar
y que no tiene dónde escanciarse.

3.
En ti,

el aire se hace noble, costa de arena fina la piel, la carne el mar extenso,
y el amor la más dulce,
la más armónica marea.

4.
Agua profunda,
corriente que,
sin ver jamás el monte,
sin conocer la selva,
diriges a tierra el mar,
el ciego,

agua que en mil formas me encuentras
siempre más libre que la luz del sol.

5.
Lago dos superficies, mar suspenso:
todo en la palma de tu mano,
como grano de luz,
con una placidez incomprensible:

no hay tiempo, no hay premura alguna,
eres cuanto espacio es posible:
no hay distancia.

6.

Noche de velos ariscos, tus ojos:
mi carne, toda un lento eyacularse,
frente a ellos se muere,
se cierra más allá del tacto, se niega toda puerta,
y como un misterio te encuentra,
dentro de sí,
oración milagrosa,
vedada alteración sin nombre
que me obliga a entregarme.

7.

Tu cuerpo pulsado por sí mismo
es en mis oídos viento claro y fresco, sonido limpio del cobre y del aliento:

eres tus labios rezumantes de lima,
eres tus ojos recubiertos de bruma,
eres tu mano fina ciñéndose sierva:

porque en ti anida el mar,
eres su guía, y de ti la más torpe raíz bebe su espina:

porque tú eres el viento
y eres también la roca virgen
que muchos metros ocultan.

8.
Luz de luz te dice tu tronco extenso
y tu perfume, tu olor a cándida hierba, a lilas,
a tu boca fresca,
te llama esquivamente por tu nombre

9.
Claro pétalo que a la flor te asomas,
costa que hacia la densa selva miras,
filo de acero que sobre el acero pesas,
fiel raíz que al tallo imitas, a la flor,
a los aromas,
sobre ti te vuelves.
Eso, pero también el pétalo terso, gozo de color y de perfumes,
la costa abierta como ninguna boca,
el acero afilado y tenso,
la raíz sólida, llena de poder y de lumbre,
dadivosa:

así eres tú, amor,
así tú y yo, dos entregas amantes y amorosas.

10.
Un guaje es tu boca fresca, odre de almíbar,
trozo de amor fresco que a tu contagio vuelve carne y amor
a la muerte y al engaño.

11.
No eres la pluma

que al aire se inclina,
ni el cuello tibio del ganso,
ni la piel del tímido durazno:

eres el injerto de toda esa ternura
en la fuerza del monte,
en el salto de un felino acorralado.

12.
Abrazo de la tierra,
certeza de lo que el monte dice, secreto hecho voz,

es el silencio tu aliento cuneiforme,
caligrafía de los dioses son tu olor
y tu cuerpo de amor sedientos.

13.
Durazno,
miel de la uva,
fibra del pérsimon:

me ofreces un glosario de carnes
en cada beso.

14.
Horquilla del viento: metálica te acercas al cedro, como rayo de luz,
al tiempo que dejas dócil en la flor
el beso de tu pasión fecunda.

15.

Cimarrona fruta del campo y del día,
tu deseo es el aspa indomable
que un día cualquiera talló en este sitio
lo que llevo yo por cuerpo.

16.
Tu claro aliento,
olor a yerba quemada,
lícito perfumerío de especias
que conviertes en copas de árboles inmensas
a toda la noche.

17.
Tu cuerpo acierta siempre,
lúcida fronda,
leche que toda mi vida resucitas.

18.
Follaje,
tomento del mundo:

haces carne del desierto
y alma del mar inhabitable.

19.
Ola de noches frescas,
carretada de alfalfa:

tu mirada, tus oscuros ojos
vuelcan tu amor intacto sobre esta cama.

20.
Has tirado el muro:
me has dejado
como la cierva perseguida el día de caza.

21.
Atadura del fuego,
habla,
dime cuántos furgones necesitas
para llevar de un cuerpo a otro
tus besos.

22.
Toma este mediodía, doble y lunar:
porque el mundo se multiplica en tu pecho.

23.
Dulce,
aceite del girasol:
toda en tus manos
parezco revestida de sal y de alimento.

24.
Cedazo que filtras mis sentimientos,
que sólo dejas pasar besos y deseos,
grano que germinas en mi corazón:
loca maravilla,
bastan tus cejas para agitar mi aliento.

25.
Mandrágora
que en la oscuridad total
de este torpe corazón
sabes atinar, sin temerlo,
al cadáver,
a todos los cadáveres,
para dejar mi alma libre de muertos.

26.
Matarás las sogas,
el cianuro, las tijeras,
los pisos altos,

porque harás del enemigo
un espía a tu favor sincero.

27.
Alondra,
vuelas tan alto

y cómo te conservas,
tan cerca como un anillo,
tan cómoda como unas medias, en mis piernas, en mis manos.

ENSAYO

SOÑAR ES MORIR MILES DE VECES

2012-2022

A buen ojo, no hay nada más irrebatible que los sueños. Nada más honesto, más luminoso, más cargado de verdad que el espacio de los sueños, ingobernable y flexible, dúctil y fiel a sí mismo, atento y absorto, astuto, inocente, y valiente.

En los sueños, el yo y el nosotros es uno solo, el nosotros y el yo se separan, el tú es real y el yo un espejismo (y lo contrario); los sentidos, las sensaciones, están despiertos, alertas, vivos, mientras el cuerpo duerme, laxo, desocupado, ausente. Tal vez el cuerpo hable, sin quererlo, diga palabras sueltas, un grito, una frase, o tal vez ronque, como el oso o el león, o como un pajarito.

En los sueños estamos vivos después de haber muerto, nuestra gente se levanta de la tumbas, por accidentarnos fatalmente nos robustecemos, la fractura de un hueso puede provocar nuestra multiplicación, dar cabida a clones instantáneos. Los peligros, en los sueños, ni tienen nombre ni se anuncian, consiguen la tensión de la aventura más desenfrenada al tiempo que estamos distraídos sentados en un sofá, o tocando al piano (aunque no sepamos hacerlo, como maestros); o caemos de la punta de un acantilado, aunque sin estrellarnos contra la costa, y despegamos hacia los cielos sin razón y volamos como un dios griego; o arrastramos nuestra propia cabeza por la acera de enfrente a casa; o caemos en la cuenta de que, súbito, San Cristóbal de las Casas y París están en el mismo punto del mapamundi y que cuando caminamos hacia la escuela de nuestra infancia estamos pisando la superficie de la Luna, o vivimos algo que no entendemos del todo, algo claro y preciso, sin que identifiquemos lugar y tiempo ("recuerde el alma dormida … daremos lo no venido por pasado"). O somos el Ro-

binson Crusoe de Góngora llegando a la cabaña de los pastores de cabras, y somos el propio Góngora, o somos el otro Robinson Crusoe y después ya no es una isla donde estamos, sino tierra adentro en un alto pico que nada envidia al Chimborazo, y todo esto en un segundo o su fracción… y somos el pirata Lorencillo y somos también Veracruz y las ultrajadas de los conventos, y somos el plato que alguien se iba a comer, y desde él hablamos, diciendo un discurso que nos embelesa pero no nos permite volverlo a oír, cerrados, sordos a nosotros mismos, por la eternidad, que también dura una micro de tiempo.

Tal vez acontecen desgracias a los más queridos, o enfrentamos poderes que ningún Prometeo hubiera retado. Después, despertamos. Nos hacemos un café, para que el cuerpo salga del letargo que no compartía su conciencia luminosa.

A la sabiduría del sueño, a su libertad, corresponde su insensatez y locura, y a su limitada esclavitud: si estamos en el sueño, no conseguimos mover un lápiz, lavar una taza, pegar un botón. *Ese cadáver con alma que*, según Sor Juana, es el durmiente, *muerto a la vida y a la muerte vivo*, piensa, medita, entiende, combate, acepta, investiga, experimenta, se rebela, conoce, regresa al placer y al dolor. En la vigilia, en cambio, estamos atados a la Historia, otra loca, ésta sin remedio, sin su sabiduría correspondiente.

El Tiempo en el sueño es de agua que fluye sin saber dónde queda la línea del ecuador, por momentos gira hacia la derecha, por momentos hacia la izquierda, no lo guía el imán central terrestre, no conoce la fuerza de gravedad, es un agua sin norte y sin sur. En cambio, el Tiempo en la Historia es de hierro, es de dureza maquinal que no permite ir de adelante hacia atrás, ni jugar a cambiar el orden.

La Memoria se parece al Sueño: permite trastocar la rígida maquinaria temporal, volver al pasado, alterar los hechos. La Razón se parece al Sueño: requiere de elementos imaginarios para funcionar. s

Yo he sentido la tentación de conciliar en un escrito las fuerzas de la Historia y las de Sueño (no siempre cómodas, por lo frecuente pesadillas).

He querido fundirlas en una trama, en un estilo, en un tema: volverlas uno. Lo he intentado varias veces (desde esa novela que llamé *Duerme*, que publiqué a principios de los noventas (anclada con un pie en el XVI novohispano, con el otro en los cuentos de tradición popular que leí en mi infancia), a *La otra mano de Lepanto* (con un pie puntual en los hechos y el contexto de la batalla de Lepanto, con el otro danzando en la tierra firma de la obra cervantina, y con un tercer pie en la reescritura de la vida y obra de Cervantes), y *La virgen y el violín* (novelé la vida de la entonces despreciada Sofonisba Anguissola que ya ha tenido atención, y más merece), y *Texas*, sobre el hurto de ese territorio, con todo y los sueños – ahí sí en plural- que teníamos enraizados los mexicanos en ese territorio, y que contenían en gran medida la idea de un futuro posible: para los mexicanos, perder Texas, fue perder un capital imaginario sin posible reparación.

Porque en *Texas*, la gran ladronería, coqueteo a doble banda: con el territorio de la Historia, y con el del Sueño, pero sobre todo el del sueño de México, el cómo México soñó Texas en el XIX, en lo que significó el Lejano Norte para el México que luchaba para fraguar su propia imagen, cuál adoptar, elaborar, conformar, alterar, fijar como la cierta, la real. Y así, sueños contra un Sueño, Historia contra la Historia, escribí esa novela.

He escrito otras novelas tras *Texas*, y hay otras de las que no he hablado aquí, como El complot de los románticos, que también se deslizan entre esos dos territorios. Que requirieron para ser escritas ventanas o corredores entre sueño y vigilia, entre Sueño e Historia. En la que ahora estoy, si acaso puedo terminarla (porque la duda, como la lucha, siempre sigue), es: ¿cómo una persona se dice a sí misma quién es y cuál es su historia cuando la invisible y necesaria barrera entre el espacio del sueño y el de la vigilia se desmorona por la edad? Ahí estoy: cabalgando donde no sé si hay palabras, aún. Porque las palabras son vigilantes, seres de vigilia, aunque también son el cuerpo.

NARRATIVA

QUE VIVA

1992

(Quizá, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 1995)

A José Balza

I

NADIE HABÍA rescatado nunca a la princesa. Se turnaban con impaciencia los controles del juego. Sentados frente a la pantalla, los pasaban de mano en mano exaltados, juzgando con gritos los movimientos, aconsejando a toda voz, y cuando era el turno del niño —el mismo que siempre le pichicateaban, cuando él se distraía se lo saltaban sin decirle, no lo tomaban en cuenta, él no era pieza para el juego— gritaba a su vez cállense, me desconcentran. Los controles duraban muy poco en sus manos. Las tres vidas que daban al empezar el juego no le duraban, se le iban como agua, y antes de que se diera cuenta, antes de que supiera que había muerto una y otra vez, se los arrebataban de las manos, y continuaba la gritería que habían suspendido por unos instantes, mientras el niño jugaba, y que habían reemplazado por risitas opacas, por cuchicheos.

Había que rescatar a la princesa. Tal vez si la encontraba, regresarían mamá y sus dos hermanos, y papá, y las dos muchachas, y su padrino patas de cochino y la mujer de su padrino llegarían a traerle un regalo, y el abuelo lo llevaría al restaurante y acabando de comer a la juguetería, y le dejaría escoger lo que él quisiera, y regresarían a jugar a la casa los dos primos varones, las amigas de su hermana, y los más grandes también vendrían y lo enseñarían a volar aviones que armarían con madera balsa, como el que está roto en el cuarto de Carlos, y él mismo los volaría, ram, ram, ram, ram, y bien le ha dicho Carlos que, quien de niño los vuela, de grande sabe ser piloto, y daría vuelta a la tierra, volando, volando, ram, ram (dice en voz alta mientras piensa el niño), ram, ram (otra vez dice), y los encontraría a todos, donde quiera que estén, donde sea que ellos se encuentren escondidos, *ram*, *ram*, *¡ram!*

Primero había que rescatar a la princesa. Rompe la pared de ladrillos azules, atrás de un ladrillo está oculto un hongo, si lo consigue tendrá una vida más y llegará más lejos, cae en él, golpea, golpea con la cabeza la pared de ladrillos azules, y oye tin sonar el banco, una moneda, dos, tres... ha acumulado setenta y tres, setenta y cuatro, si llega a cien ganará otra vida y llegará más lejos, más allá de donde matan las aguamalas y los peces voladores, más allá de las nubes, más allá del dragón, y dará con la princesa y volverán a la casa sus hermanos, y a su casa los vecinos, y al edificio de al lado, y a jugar al parquecito. Vendrán los vigilantes que rondan el parque, y llevarán al niño en su motocicleta a dar la vuelta y luego hasta el aeropuerto y allí se subirán los tres a un avión, y el niño los piloteará hasta el otro lado del mundo, a donde están todos, todos: su tía con el vestido: rojo, cargando al bebé, el abuelo platicando con mamá, papá sentado leyendo el periódico y fumando, la abuela caminando de aquí hacia allá y luego de regreso y otra vez para allá, siempre caminando. ¿Qué le pica a la abuela? ¿Por qué siempre está caminando? ¿Por qué no vienen por él? ¿Por qué no toman un avión y vuelven por él? ¿Por qué no le avisaron que se irían?

Alguien le llamará por teléfono.

En algún lugar tienen que estar.

Si encuentra a la princesa, dará con ellos.

Ahora no lo será: lo ha tocado un pez, un oso enano blanco, y acaba de caer. Ha muerto.

En lugar de reiniciar, pulsando el botón rojo, el juego, lo dejó andar solo en la pantalla encendida, y salió al jardín. Desde que todos se habían ido, no había podido abrir la puerta que da a la calle. Tampoco lo había intentado. Para averiguar lo que ocurría allá afuera había marcado insistente los tres teléfonos que la abuela le anotó un día en la libreta de espirales con cochino vestido de vaquero en la portada. El teléfono de la casa de los abuelos, no le había contestado nadie. El teléfono de casa de su tío Pedro, en la contestadora dejó grabado su recado muchas veces. El teléfono de Manuel, hijo de un primo de mamá y su más querido amigo. Nadie. No le había contestado nadie. Porque no había nadie. También espiaba pegando el ojo en una ranura entre dos tablones de madera de la puerta de la casa que da a la calle. Veía lo que vería ahora mismo: la cajuela de un Volkswagen estacionado casi enfrente, el parquecito sin gente, la puerta

de los vecinos cerrada, y el conserje del edificio, que solía estar siempre, no estaba. Había estado siempre, pendiente de si entraban o salían carros del edificio, para abrir y cerrar alguna de las puertas de los garages. Los policías tampoco hacían su ronda por el parque. Aguzó el oído: ningún motor de carro, ni a lo más lejos. Ni siquiera los ladridos que usualmente llenaban el aire. Ni sonidos de aviones que solían cruzar el cielo, arriba de la casa.

Nadie. Otra vez nadie.

El niño se retiró tres pasos de la puerta, no para ver a través de ella sino para revisarla. El seguro de la puerta estaba corrido por dentro. Entonces, ¿cómo es que habían salido? ¿Por dónde? Hacía ya cuánto que no estaban? ¿Un día, dos días, tres? Mucho tiempo. Se habían ido antes del otro día... Pero no habían salido, porque el seguro estaba corrido por dentro, como lo corría papá por las noches y lo descorría en las mañanas para llevar a los niños a la escuela, antes de sacar el coche, antes de que las muchachas salieran a tirar la basura. ¿Por dónde se habían ido? ¿Era como el juego de la pantalla del televisor? ¿Había inesperadas salidas que apare¬cían con un salto, al golpearlas sin saber con la cabeza? ¿Por qué no le habían dicho, para que él golpeara a su vez y saliera con ellos? ¿O era sin querer que habían desaparecido, resbalando por una trampa secreta? Ya no lloró a gritos esta vez, como lo hizo al darse cuenta de que estaba solo. Se preparaban para ir a la escuela, Estaban desayunando. El niño movía el huevo en el plato hacia un lado y el otro, inapetente, mientras el papá le pedía que se apurase, y de pronto no estuvieron. Ni papá sentado frente a él, ni mamá peinándose en el cuarto, ni las muchachas terminando de preparar las loncheras con el refrigerio para el recreo, ni sus hermanos terminando su vaso de leche o el huevo o el jugo de naranja. Nadie.

Esta vez no lloró. Arrastró el banco hasta pararlo junto a la puerta de la cocina para alcanzar donde cuelgan las llaves, y escogió entre los llaveros el de papá. Cargó el banco hasta la salida de la casa, se subió en él y empezó a buscar cuál llave y cómo meterla para abrir la puerta de la calle.

No lloró ni gritó, ni tampoco pudo abrir la puerta. Regresó a la pantalla del televisor, a ver si esta vez podía encontrar a la princesa.

¿Hacía cuánto tiempo que los demás habían desaparecido? Para el niño era difícil medir el tiempo. Tenía reloj y sabía leer los números, pero los números son una cosa y otra muy distinta es el largo de un día para un niño de cuatro años. No es nada un día para un niño que está por cumplir cinco,: y una hora a solas es un tiempo infinito. Además, no había algo que quisiera ayudarlo para que él comprendiera el paso del tiempo. En la pantalla, el mismo juego se repetía una y otra vez, y los canales del televisor no proyectaban ninguna imagen. En la mesa del desayuno, se habían acumulado más alimentos y más sobras de alimentos. Pero la leche no se había cortado y el jugo que Carlos había dejado en el vaso aún sabía fresco. Se había ido también la pudrición. O el tiempo quería perdonar los alimentos.

Para proteger al niño.

Quizá.

Por fin, en algún rincón del tiempo, una llave cedió, entró sin dificultad en la cerradura, la llave más larga; y el niño la giró sin que le opusiera resistencia. Giró, giró... El seguro que protegía la casa de ladrones dejó de unir las dos hojas de la gran puerta.

El niño deja la llave pegada. Se baja del banco y lo mueve para abrir el pestillo. Cruza el vano de la puerta hacia la calle con el banco en las manos. Lo acomoda para que la puerta no lo vaya a dejar afuera.

No hay nadie. Atraviesa la calle para tocar con fuerza en la puerta del vecino. Grita. Pega la oreja al vidrio polarizado de la puerta. Oye hablar algo; escucha con más atención: es el gañido desesperado de un hombre ronco. Atraviesa el parquecito. Encuentra una piedra y una rama gorda que el jardinero habrá cortado a algún árbol. Arrojando la piedra rompe el vidrio de la puerta y con el palo hace el boquete más amplio y más, hasta poder cruzar por él. Nunca había entrado en casa del vecino.

Era un hombre mayor y gordo, siempre amable, que vivía con su hijo —también un señor— y la mujer del hijo. Sabrá dios cómo se llamaban, pero le decían Profesor Calera.

Gritó *Profesor Calera* para que su voz lo acompañara en la búsqueda del Profesor Calera.

La casa era muy grande, pero el niño tampoco tuvo que recorrerla toda. El Profesor Calera estaba recostado en un sillón casi a la entrada. Se veía más gordo que habitualmente, como si se hu¬biera hinchado. El niño lo

tocó. El Profesor Galera no estaba frío, por lo tanto (el niño lo sabía) el Profesor Calera no estaba muerto. Lo zarandeó, le habló para despertarlo, se subió a él y, con todas sus fuerzas, lo apachurró: algo inmundo salió de la boca del Profesor Calera. Algo que era rojo y también café y que no era muy líquido.

Tampoco se movía. El niño ya no lo tocaba, pero esa cosa in¬munda seguía escurriendo de la boca y él tuvo miedo.

Corrió. Atravesó a su casa. Quitó el banco para cerrar la puerta. Se subió en él y dio vueltas a la llave para fijar el seguro.

Entonces oyó la voz de mamá, segura, clara. *Está usted hablando a la casa de la familia Velásquez. En este momento no podemos contestar a su llamada. Al escuchar la señal deje su nombre, el número telefónico, y nos comunicaremos con usted más tarde.* Después de la voz de ella no se escuchó la de nadie: *Bit-bit-bit- bit.* Quien llamó no dijo nada a la contestadora telefónica. Si es que había llamado alguien. Porque la contestadora habló sin que hubiera sonado antes la campana del teléfono. Tal vez el miedo del niño, sobrecogiéndola, la había echado a andar.

Seguramente el profesor Calera sigue echando por la boca abundante materia gelatinosa. Tal vez ya llenó la sala mientras el niño aún no puede rescatar a la princesa. El siente la tentación de confirmar si a la calle no ha escurrido la sustancia inmunda. Pica el botón que hace una pausa en el juego y sale a asomarse entre los tablones de la puerta.

La calle está limpia. El niño se sube en el banco para abrir la puerta con la llave que ya no quita de la cerradura y cruza la calle y entra por la puerta rota a la casa del vecino.

El piso está limpio alrededor del Profesor Calera. Lo que ha echado por la boca se ha vuelto azul, azul cielo, y flota haciendo una masa compacta en el techo de la sala.

El cuerpo del profesor está tibio e inmóvil y por más que le grita el niño, no parece escucharlo. El niño ya no se atreve a zarandearlo, menos a apachurrar su enorme cuerpo.

Regresa a su casa. Ya no cree estar tan convencido de que rescatando a la princesa los demás regresen, ha perdido la fe, pero en la pantalla cruza una nube azul como la que flota en el techo de la sala del Profesor Calera, y hace que su Luigi lo golpee con la cabeza. Luigi se hunde en la nube.

Caen unas estalactitas de color oscuro. Lo golpea una. Lo golpea, dos. Cuando la tercera le cae encima, Luigi muere. ¡Échate a llorar, niño, rompe a llorar para que veamos lo que sientes!

Se han acabado los caramelos, los chocolates, la leche, el pan dulce y el queso y al niño no le gustan las galletas saladas solas y no encuentra en la alacena, a la que alcanza con dificultad parándose en la mesa del desayunador, qué ponerles. Sale de la casa, primero con la intención de entrar en la del profesor, pero de in inmediato cambia de opinión y se dirige a la tienda. Dobla la esquina: la tienda de don Carlos está cerrada. Dos cuadras más abajo está el supercito. Toda la calle está vacía. No circula ningún coche. Nadie camina. El niño conoce algunas de las personas que viven aquí. Al carnicero, don Miguel, y grita su nombre. A la señora que, según le contaron, vendía los pañales desechables para el niño, Queta, a quién también le grita y tampoco responde, a la señora del salón de belleza, a la portera del edificio donde vive Manuel, sube al escalón y atora el pie en el hueco de la pared para tocar el timbre del número ocho.

Toca diez veces el ocho, toca todos los timbres y espera. No baja nadie. Nadie se asoma a las ventanas. El niño regresa a casa y come galletas mientras vuelve a ver *Robin Hood* en la videocasetera del cuarto de sus papás y se queda dormido.

Sueña: que Robin Hood se acerca a su casa, en alboroto y música, rodeado del sonar de la fiesta. Alguien toca el tambor, lo preceden los músicos de sonar alegre. En sentido contrario y aproximándose a ellos, el niño oye en su sueño la banda que solía pasar tocando por la calle, aquella banda melancólica que él con sus hermanos perseguía para dar a alguno de los indios que la forma¬ban una moneda. Al llegar a la esquina, Robin Hood les dice a los suyos:

—Aquí está el niño. Vayámonos.

Robin Hood y su gente y también la banda de sonar triste dan la media vuelta, regresan sobre sus propios pasos, mientras el niño les grita, desde la ventana de una casa que en nada se parece a la suya, *¡oigan!*, *¡oigan!* —a uno y otro lado grita—*¡vengan!*... Ellos no le hacen caso. Se van.

El niño despierta en la oscuridad que la pantalla del televisor encendido ilumina de plateado. El niño llora. Tiene miedo. Quiere abrazarse a su mamá.

Temprano despertó bañado en pipí en la cama de sus papás vuelta por los orines rasposa y helada. Se quitó la ropa. Siempre que el niño "tenía un accidente" le daban un baño. Desnudo se metió a la tina vacía y giró la llave, que templaba por sí misma el agua, para llenarla. Ya que rebozaba la tina de agua, como no la permitirían las muchachas, el niño cerró la llave y vació en el agua la cubeta de juguetes escogidos para la tina, formando charcos en el piso del baño, cantando una y otra vez, a toda voz:

—Muy buenos días amigos, muy buenos días les doy, quiero cantar contigo el cántico de mi canción.

Salió cuando el agua estaba ya helada. El niño se vistió, pantalones, camiseta, camisa, cinturón, calcetines, tres espadas (dos de plástico, una de madera), la cartera que le había regalado su padrino, la pistola de agua (como las tres espadas, acomodada en el cinturón), el saco que le habían comprado para la boda del tío Pedro, la corbata (que se anudó de la manera más extraña), del cajón de papá tomó un pañuelo, a la espalda se echó la mochila de su hermana, tomó un puño de galletas, abrió la casa, aseguró la puerta para que no se fuera a cerrar y Salió hacia el supercito; decidido caminó las dos cuadras gritando los nombres de los que conocía en el camino.

Llegando al supercito, se subió al congelador de los helados, lo abrió y metió los pies haciendo con los zapatos las paletas a un lado. Tomó un sandwich helado de galleta y vainilla. Sentado en la orilla del congelador mordió el helado. Pasó los ojos por los pasillos del supermercado. *Todo es mío.*

Todo es mío, repitió. Dejó el helado (al que había dado dos o tres mordidas) sobre la puerta del congelador y bajó dando un salto. Se paró junto a la caja, se quitó la mochila para llenarla con chocolates. Dio unos pasos y jaló el banco de la cajera y se hincó en él mientras buscaba cuál botón picar. Tocó el rojo y se abrió la caja de dinero. Había mucho dinero, creía el niño, muchos billetes. El niño los acomodó en la pachona cartera, bajó del banquito y la guardó repleta, hasta con su boca abierta, en la mochila. También empacó ahí unas cajitas del cereal que mamá no quería comprarle nunca. Cerró muy bien la mochila antes de colgársela a la espalda para regresar a casa. Fue caminando despacio, desenvainando las espadas y disparando de vez en cuando a invisibles enemigos con la pistola vacía.

Volvió a tocar en el timbre de Manuel y llegando a la casa, tras asegurar la puerta y correr el pestillo, descolgó las llaves y las sostuvo de su cinturón.

El niño iba a proteger sus riquezas. las manos asquerosas, el cuello, los pies y esas coloradas rugosas pieles dobles al pie del labio. Tal para cual.

Desde la mesa de la cocina goteaba leche y se dispersaban envolturas de caramelos y papas fritas, frascos vacíos de mermelada y crema de cacahuate, cáscaras de pistaches, de plátanos, de mandarinas, e invadían poco a poco la duela del comedor. La alfombra de la sala había sido privilegiada con un regadero de juguetes y con tierra, varas y hojas del jardín y de sus propias macetas muertas que al niño no se le había ocurrido regar. Los cojines de los sillones estaban apilados en extrañas formas de castillos que el Rey Arturo construía para jugar y aquí y allá la envoltura de obleas con cajeta se adherían a las plantas del Rey y se pegoteaban de pronto a algún cojín o mueble, embarrando de dulce, adhiriéndose y contagiando lo adherible a cuanto tocaba el celofán. Sin embargo, desde la calle, su casa parecía la excepción de la cuadra. No sólo el vidrio de la puerta de la casa del Profesor Calera estaba roto. La puerta del edificio estaba hecha añicos, y las de tres casas más allá, en su parte superior que también fue de vidrio. Otra enseñaba el portón abierto y las ventanas trozadas. Lo más llamativo era el garage de madera habitado por medio cuerpo de automóvil; el coche automático de los Díaz, que al desaparecer lo dejaron encendido frente a la casa, las llaves puestas en la marcha, y el Rey Arturo subió, soltó el freno y aceleró, clavando el auto en la puerta, y al que había apagado, asustado, girando las llaves cuando trataba torpemente de controlarlo. Otro día trató de encender lo y volverlo, a echar a andar, pero el motor no respondió. El Rey Arturo tardaría en saber cómo se echaba a andar el coche automático de los Díaz, lo cual fue una fortuna, porque sus pies no alcanzan el pedal del freno para parar el automóvil en movimiento, y él aún no inventa cómo conseguirlo, cómo controlarlo.

El desorden que lo rodea contrasta con la elegancia de la bata del Rey Arturo, un vestido de mamá con estampado de colores abundantes en tonos oscuros. Lo trae puesto por las mangas: abotonado, como lo bajó del gancho, se lo echó a la espalda y metió los brazos por la abertura del cuello, sacándolos por las mangas. Así lo convirtió en perfecta capa. Las mangas se le escurren, y el Rey Arturo las recoge hasta los codos, pero a cada

rato la seda insiste en taparle las manos. Acostumbra traer las espadas y las pistolas sujetas al cinturón elástico y ha unido a sus armas la macana que encontró al lado del escalón del parquecito redondo que está junto a la casa, era de alguno de los dos vigilantes. A veces, a manera de gorro del Rey Arturo, se pone en la cabeza la peluca plateada de plástico que alguien regalara a su hermana para jugar. Le ha pegado recortes de colores que iluminó para adornar su gorro.

¡Que viva el Rey Arturo! ¡Que viva el Rey Arturo!...

Sin embargo, para andar en bicicleta, la capa le estorba. Entonces calza las botas de charro, los pantalones vaqueros, la mochila a la espalda, el cinturón con el llavero y sus armas, que aunque lo protegen no impiden se destrocen las llantas cuando rueda sobre enormes vidrios. Por eso ahora debe ir al lugar donde reparan bicicletas. Está al lado del parque. Sube en su patín del diablo y circula por el centro de la calle para precaverse de los vidrios. Toma la calle por la que llegaban con mamá al Parque Hundido. Una cuadra. Dos cuadras ¿Y si encontrara a alguien? Tiene miedo el Rey Arturo. Alguien podría hacerle daño. Piensa esto y está a punto de regresar a casa, pero piensa que ese alguien podría también ser alguien conocido y avanza. Además, él es el Rey Arturo. Y si quieren hacerle daño, trae macana.

Él es muy fuerte y también sabría escapar veloz en su patín del diablo. Si ese alguien fuera mujer, él la vencería, como cuando jugaba vencidas con mamá. Los hombres son más fuertes que las mujeres, piensa el niño, porque los hombres tienen más huesos que las mujeres. Tres cuadras.

El parque. El cielo estaba asombrosamente azul. Algunas pequeñas nubes blancas y casi transparentes, como jirones, lo cruzaban aquí y allá. El Rey Arturo se detuvo a admirar el cielo. Caminó bordeando el parque, sin atreverse a entrar. A ese parque no podían ir solos los niños, porque se los robaban. Se paró al lado del patín del diablo.

—¡Ey! —gritó, a fin de cuentas él era el Rey Arturo.

—¡Ey! ¡Ya llegué! ¡Ey!

Nadie le respondió al Rey Arturo. Tal vez porque no había nadie, pensó. Pero en ese parque siempre había gente.

¿No estaría el hombre que vendía algodones de dulce? ¿Dónde estaría? Él lo reconocería de inmediato y podría tal vez llevarlo con mamá. O el chicharronero...

Era tan verde el parque que parecía mirarlo amenazante. El niño rodó unos pasos para quedar frente al camino que al abrir el verde con su trazo gris lo volvía menos temible.

— ¡Ey! —volvió a gritar. El Rey Arturo temía que saliera alguien. El Rey Arturo quería que saliera alguien.

— ¡Que viva el Rey Arturo!

En ese parque siempre había gente. Del otro lado del parque se agolpaban los niños en los juegos. Estaban los columpios, las resbaladillas, los changueros, el arenero, los tubos para deslizarse como bombero y que tanto encantaran al niño cuando iba con su mamá. Ahí tenía que haber niños, más niños, en el otro lado, y en bicicleta sí se atrevería a cruzar el parque, no tardaría tanto, sí, aunque el parque era muy grande... Bordeando el parque llegó al lugar donde arreglan las bicis.

La cortina bajada y con candado. El Rey Arturo se acuclilló y probó todas sus llaves. Ninguna entró en el candado. El Rey Arturo cruzó la calle hacia el taller eléctrico-mecánico que sí estaba abierto. Tomó un martillo y con él golpeó el candado hasta que sintió hambre. Entonces sacó de su mochila una barra de chocolate y un cartón de jugo de naranja.

Y siguió golpeando hasta que el candado cedió. Para alzar la cortina metálica se valió del gato hidráulico que vio desde que llegó en el piso, frente al taller mecánico. Este era el taller al que venía papá los sábados por la mañana, para arreglar detallaos del coche. Era su amigo el que trabajaba aquí, y le había enseñado cómo usar el gato. Lo atoró en la orilla de la puerta y la subió lo suficiente para que el Rey Arturo se deslizara bajo ella y entrara a la oscuridad y empezara a pasar por abajo de la cortina una bicicleta que él sabía desde antes dónde buscar, donde estaban las bicis para niños de su tamaño que el señor que reparaba las bicicletas tenía siempre acomodadas en el mismo lugar. Acostada resbaló la bicicleta hacia la calle. Supo a la luz del sol que era de color naranja y andando en ella regresó a la casa a protegerse de la llegada de la oscura soledad.

Otro día regresaría por su patín del diablo. Ahí lo esperaría en la banqueta.

El parque le había dado miedo. Entrar a la bicicletería oscura le había dado miedo. El Rey Arturo había llegado demasiado lejos. Quería llorar. Quería que llegara su mamá, y lo cuidara y lo abrazara, aunque lo rega-

ñara por los cristales rotos, por lo del coche, por las pelotas. ¿Por qué no estaba él donde estaban todos? Tenían que volver por el niño, tenían que regresar por el niño. Debían volver. Iban a volver.

Pedaleó con todas sus fuerzas las tres cuadras y media, sudando, con la vista fija en la calle, temiendo perderse en el camino de regreso a casa, prestándole toda la atención. En cuanto llegó, saltó de la bicicleta para entrar y aseguró la puerta de la casa. Tenía sed. Tenía hambre. El estómago revuelto y algo parecido a una ansiosa desesperación. Tomó el último plátano del frutero, seguía tan amarillo como había quedado el día de la Gran Desaparición, y lo comió sentado en la alberca de pelotas organizada, después de varios días de practicar la pesca de pelota en el supercito, en un rincón del cuarto de los niños, empujando la cama de la piesera para cerrar con ella la esquina.

El Rey Arturo quería una pistola de verdad para protegerse, pensó. Una que echara balas, que matara gente, que sacara sangre, que lo hiciera fuerte. Quién sabe qué hubiera hecho con ella esa noche, el niño, si la hubiera tenido. Se quedó dormido mientras la deseaba, y no despertó hasta que había desaparecido la oscuridad, hasta que la mañana del nuevo día fuera lo que inundara el cuarto del Rey Arturo.

Comió queso el rey Arturo, tomó leche con chocolate el rey Arturo, el rey Arturo de culo rozado que debiera volver a bañarse para sanarlo. Y pensó para sí mientras desayunaba que le gustaría que la película de Robín Hood fuera de otra manera. Le gustaría ver a Robin solo, tirando flechas, cruzando el bosque, porque no le gusta que los pobres sean tan pobres y no entiende por qué esconden las monedas si es que son pobres ni por qué el recaudador los encuentra y no le parece bien que mientan, ni que Robin robe ni que el rey se chupe el dedo y grite tanto.

Robin debiera estar solo en su película.

Robin lo tendría todo y no mentiría ni robaría porque tendría todo el dinero del mundo para sí.

Sobre todo porque Robin Hood fue el primero de todos los hombres, hace mucho, hace cien ochocientos treinta y diez cuatro cien doce años, o sea hace mucho, mucho, muchísimo, cuando vivían los dinosaurios y el mundo era un cubo de hielo.

Termina su desayuno y siente ganas de hacer popó, perdón, del dos,

piensa el niño. Sale al jardín, se inclina al pie de la yuca, se acuclilla. El Rey Arturo tiene miedo de sentarse en el excusado porque el baño le da miedo. Antes le daban miedo las arañas que brotaban en la pared del baño, y no quería ir solo. Ahora no ha tenido valor de comprobar que ya no hay arañas, ni en las paredes del baño ni en el patio ni en el jardín, ni entre las plantas, ni en las ramas de los árboles. No hay arañas como no hay personas, hormigas o bacterias heterótrofas. El niño tardará en darse cuenta de que el excusado es un lugar seguro. Mientras, defeca en el jardín, y los excrementos conviven los unos con los otros, aunque más y más días, enteros, sin disolverse.

La mierda en el jardín no trae problema. Pero el culo del niño está lastimado. Se ha rozado el niño. No se limpia bien. Hace muchos días que no se baña. Al niño le duele, y recuerda que mamá le decía que el niño debía bañarse a diario para no rozarse. Al rey Arturo no le gusta recordar a mamá porque llora y tiembla de abandono, y olvida que él es fuerte, que es quizá el hombre más fuerte en toda la tierra.

Cuando salía a la tienda con mamá, de la mano, y su hermana, de la otra mano, las dos suplicaban que no las estrujase porque sentían reventar sus dedos por la fuerza del niño.

El niño tiene que bañarse, eso es todo, y secarse muy bien, y limpiarse cuando va al baño aunque al principio duela. Por fortuna no caga a diario, tiene problemas, en parte por el jardín, en el que no está muy cómodo de cuclillas, en parte por los chocolates, los caramelos y los bombones en lugar de las verduras, el huevo, la carne, la lechuga y los colorados jitomates.

Ya comerá manzanas que tanto le gustan, en cuanto las encuentre. Son molestias pasajeras, estar rozado y estreñido. Aunque parece no pasar, todo parece estacionado en una pausa zalamera. Ni la mierda se corrompe. El cuerpo del vecino, lo sabe el rey Arturo porque ha entrado a comprobarlo, aunque ya está frío, sigue intacto. La carne no se pudre. Los grandes basureros de la ciudad, muy lejos de donde vive el niño, parecen refrigerados, idénticos a como estaban el día de la Gran Desaparición, pero sin alimañas ni personas caminándoles por el lomo, espulgándolos. Tampoco lo habitan aquellos millones de insectos. No queda una sola mosca o mosquito u hormiga u oruga o gusano. Está limpia la basura, si así puede decirse, libre de cualquier forma de vida o de muerte. Como las aguas del

Gran Canal del Desagüe de la Ciudad de México y que sigue vaciándose, dejando los conductos semivacíos en espera de la defecación escasa del único habitante, del que hoy se autonombra el rey Arturo, *que viva el Rey Arturo.*

Ni la mierda sé corrompe. Ha desaparecido toda forma de vida que requiera de otro ser vivo para sobrevivir.

Sólo restan los vegetales que saben abastecerse por sí mismos usando el sol, el aire, el agua y la tierra. Las plantas heterótrofas, las que no fabrican su propia clorofila, han desaparecido, las parásitas, las que viven en estado de simbiosis, las saprofitas. Así, los hongos y las bacterias que producen enfermedades en los hombres o en las plantas, las que se alimentan a expensas de sustancias muertas o en descomposición, las que viven sobre otras plantas, han desaparecido. La ley de la vida se ha trocado, ahora consiste en que nadie puede necesitar a nadie. Todo debe sustentar su necesidad en la cosa y en la naturaleza.

Adiós a la tiña, al tétanos, al moho, a la roya de los cereales, a la tuberculosis, al huitlacoche de negra ceniza, a los líquenes que desaparecidos han dejado sin alimento a los renos, y ya no se verá el maná o pan del cielo arrancado por el viento y transportado a grandes distancias, el milagroso alimento del desierto; adiós a los hongos, a los bacilos del yoghurt, a las levaduras que fermentan el pan y la cerveza. De cualquier manera, no hay quien quiera hacer pan. Ya no hay hombres ni mujeres sobre la faz de la tierra. Todo lo que queda del género humano es el *Rey Arturo, ¡que viva el Rey Arturo!*

¿Qué gran error lo ha dejado libre de la Gran Desaparición? Él los necesita a todos. Pero si él sigue vivo es porque ha comprendido que no hay más persona que la suya de cuatro años. Tal vez de cinco, porque él sabe que su persona cumple cinco años el 14 de noviembre y no sabe en qué día vive, pero recuerda que era noviembre cuándo aún no se habían ido los demás.

Ha aprendido a estar a solas. Los alimentos permanecen sin pudrirse, sin cuajarse la leche, y el pan, aunque se endurece, no se llena de hongos, y el cuerpo del niño no alberga huésped ninguno, y en sus dedos cortados por las herramientas y el cuchillo, las heridas no se infectan, ni las asperezas de la cara, ni las costras de mugre que se le han formado en el cuero cabelludo, ni el culo rozado por la ausencia de higiene.

Ha aprendido a estar a solas, y en sus sueños se refugia el espíritu. Como el Robín Hood que dio vuelta en la esquina antes de abordarlo, los demonios sueltos que pueblan en ausencia del Hombre la tierra, llegan al niño sin tocarlo. Inundan los sueños del Rey Arturo. Él debe sólo clamar la frase quedo sostiene (¡que viva el Rey Arturo!, ¡que viva el Rey Arturo!) porque los otros parecen exigir su cabeza. Pero no es en su contra que se abalanzan los habitantes de los sueños. Ellos son emisarios de lo que no tiene dónde sostenerse después de haber sido el dueño de la tierra, de lo que dio sentido e infundió de vigor; del motor, el espíritu de mayor peso en la humanidad.

Los sueños son las voces que no tienen dónde decirse a sí mismas. El cuerpo del niño es demasiado poco cuerpo para eso. Sobre todo porque junto al cuerpo del niño no hay más cuerpos en los cuales se externe *el espíritu de la crueldad*. El cuerpo del niño es carne tierna, no hay cómo poner sólo en él las raíces que estallan expuestas al aire. No hay animales, siquiera, que pudieran, atando el niño a ellos, compartir el peso de la verdad. De haberlos, habría hecho legión de mutilados el Rey Arturo, si el espíritu hubiera sabido cómo asentarse en él. Los perros tendrían sólo tres piernas, y (reemplazando al general que guarda en sacos cientos de orejas como trofeos de los presos y torturados por él —como soñó el niño una noche, como fue verdad, antes de la Gran Desaparición) las piernas acomodadas en montañas serían envenenadas por el rey para que las ratas y otras alimañas murieran por cientos a sus pies en medio de dolorosos tormentos para beneplácito de su ejecutor. Del ser temible que sería el niño si el motor cuajara en él, el cruel espíritu, el ánima de la crueldad.

No hay animales. Por lo tanto no hay con quien comparta el cuerpecito de un metro de altura del Rey Arturo la llegada del espíritu que un día fue el dueño. Nadie depende de nadie. Nadie puede ser bueno con nadie, ni hacerle daño, ni decirle mentiras, ni decirle verdades, ni hablar en voz suficientemente alta como para ser escuchado. Porque no hay quien escuche. Lo que deseaba aquel militar centroamericano (que el mundo se hiciera sordo a otros, que las orejas rendidas e inertes se tiraran como insectos narcotizados a sus pies) ha sido cumplido y con exceso.

Y con dios, esto lo piensa el Rey Arturo, que no sabe lo que íbamos diciendo, con dios simplemente no se puede hablar. Esto no lo sabría todo

el mundo. Tal vez alguien estuviera en la iglesia de San Juan hablando con él, tratando de entenderse entre llantos y gritos.

San Juan quedaba a media cuadra de la bicicletería.

Las puertas, que daban al atrio y a una pequeña plaza, estaban abiertas de par en par.

No había nadie en la iglesia. Ella no le decía nada al Rey Arturo. En su casa, sólo las muchachas iban a la iglesia y en día domingo, el día que no se sabía de ellas. Una sola vez lo llevaron a la iglesia. Había varias largas filas de gente y al llegar al pie del altar, hombres vestidos con blancas sotanas cruzaban con ceniza las frentes. También lo hicieron sobre la cara del niño. Cuando llegó a la casa, mamá le dijo **¿te dijeron polvo eres y en polvo te convertirás?** (no, no se lo habían dicho, pero mamá no le dio tiempo de contestar), *pues no les hagas caso, tú no eres de polvo, tú eres de alegría, corazoncito... niñito precioso.* Y luego, balanceándolo hacia atrás y hacia adelante sobre sus piernas, le hizo riqui-rán, riqui-rán, y cosquilleas en el cuello...

Frente a la iglesia estaba la casa de un señor poeta, le había dicho su mamá, y en la que compraban, de vez en cuando, buñuelos a las monjitas. El ya no vivía ahí, le dijo su mamá, cuando él le preguntó si el poeta vivía con las monjitas. Trepándose en la puerta, agarrándose de la herrería que cubría la madera, el Rey Arturo tocó el timbre de las monjitas. Nadie salió. No se oía nada, no se las oía cantar como cuando iba con mamá... Con mamá todo era distinto, muy distinto. Atrás de las puertas cerradas de las casas, el mundo se echaba a cantar cuando pasaba mamá.

En la fuente de la plaza, el Rey Arturo metió las manos y las mangas y salpicó hacia todos sitios. Usó una espada para salpicar más. Lanzaba el agua y gritaba al mismo tiempo: También lo dice dios, *¡que viva el Rey Arturo!, ¡que viva el Rey Arturo!*

II

Y cuando regresaron a la casa,
papá oso, mamá osa y el hijo osito,
éste preguntó: «¿Quién se sentó en mi sillita...
quien se comió mi sopita...

¿QUIÉN ROMPIÓ la ventana? ¿Quién abrió la puerta? ¿quién se comió mi sopa? ¿Quién destrozó los vasos con la pelota? ¿Quién hizo caca en la alfombra? ¿Quién batió y revolvió la cocina? Subieron las escaleras, y al ver al niño dormido en la cama, con la videocasetera encendida, exclamaron:

—¿Quién se durmió en nuestra cama?

Las preguntas se multiplicaban de cuadra en cuadra: ¿quién nos hizo esto?, ¿quién entró a la casa?, ¿quién se llevó el coche? ¿quién demonios hizo tanto desorden, regó tanta basura, quién fue? ¿Quién saqueó mi tienda? ¿Quién se. llevó el dinero de la caja? ¿Quién vació la ropa? ¿Quién lo tiró todo, lo revolvió todo, lo ensució todo, lo destruyó? ¿Por qué se han muerto todas las plantas? Sólo han sobrevivido las que al aire libre no necesitan más agua que la lluvia de la ciudad. En silencio han vuelto las parásitas, las heterótrofas, los hongos, las bacterias. Los animales. En silencio regresa la vida como si nunca hubiera huido de la ciudad. Los hombres en cambio gritan al regresar porque les han tocado sus cosas. ¡Ay! ¡Qué caray!

El niño despertó cuando oyó voces. Saltó asustado, pero también el corazón le dio un vuelco de alegría. Los que lo descubrieron en su cama no compartieron su gusto, ni tampoco su temor. Podría tener la más peculiar apariencia, pero era sólo un niño, un pequeñito de escasos cinco años. Un niñito que les preguntaba por su papá y por su mamá.

Los años que sí habían pasado por el rey Arturo tampoco habían dejado huella en su apariencia. Ya lo había hecho todo. Había visto todas las películas, hasta las de tres equis. Había comido de todas las comidas. Vivido en todas las casas que se le había antojado. Manejado todos los automóviles que le había dado la gana, desechándolos cuando se les terminaba

el tanque de gasolina, o cuando le daba la gana. Sabía encenderlos sin llaves y con llaves. Sabía conducirlos aunque alcanzara solamente de pie los pedales para acelerar y para frenar. Había usado las ropas más, extrañas, desde la bata de seda que ahora vestía, hasta sacos, abrigos, sombreros. Lo que encontrara en los roperos de las casas.

Y sobre cada lugar había dejado su marca, su desordenada', marca de niño aterrorizado en su soledad y ensoberbecido de ser el rey, de ser el único, de ser el dueño verdadero: «¡que viva, que viva, que viva el rey Arturo!».

Había sido dueño de todos los tesoros que habitaran la ciudad.

— Tu nombre.

— El niño.

— Tu nombre.

—El niño.

— ¿Así te llamas?

— Así me decían todos, el niño.

— ¿No tienes otro nombre?

— Sí. El Rey Arturo.

El tipo alzó la mirada del teclado de la máquina de escribir y se le quedó viendo. Maldito escuincle, pensó. No estaba de muy buen humor. Era el del turno de la noche, pero el de la mañana no llegaba, y, de cualquier manera, con lo que pasaba, no tendría manera de salir de la oficina.

—Tu apellido.

—Velásquez.

—El otro apellido..

—Velásquez.

¡Mierda! Cuando ya todo comenzaba a ir bien...

—Edad.

—Tenía cuatro años el otro día.

—Domicilio. .

Guarda silencio.

—¿Dónde vives, niño?, ¿dónde duermes?

La memoria del niño corre de casa en casa. Pasa acelerada por las habitaciones donde ha dormido: las de la Colonia del Valle, la Florida, todas las casas de Francisco Sosa. Años de dormir en lugares distintos.

—¿Dónde están ahora tus papás? Su memoria deja de correr de una cama a otra, de una a otra barda saltada con la escalera que el niño muda consigo. Años de dormir en una casa distinta, porque el niño detesta ver su huella y ama tomar por asalto una casa, usar la escalera, brincar la barda, romper los vidrios, comer, usar, ensuciar, hurgar, revolver, llevarse lo que le gusta para botarlo más adelante. Su memoria deja de correr y llega al punto más lejano. Recuerda:

—Boston 20. Colonia Nochebuena Insurgentes. 563-09-07.

El tipo deja a un lado la máquina de escribir y marca el teléfono mientras observa al niño vestido estrafalario, descalzo y de cabello a medias revuelto, a medias engomado, con un copete curiosísimo, meticulosamente ordenado y mechones mugrosos y enredados en la nuca.

Hay un revuelo enorme en la casa donde suena el teléfono. Es una casa devastada. Reina el mayor desorden. La suciedad alcan¬za un grado que nadie imaginó. ¿Quién podría darse cuenta, en medio del desastre, de que el niño no está? Son cuarto para las ocho de la mañana. La familia debiera estar desayunando, antes de salir disparada a dejar los niños a la escuela. Las muchachas debieran estar por terminar de preparar las loncheras. Eso debieran estar haciendo, pero de pronto... ¿Cómo podrían ser ambas cosas, en ese desorden, en medio de basura que oculta la mesa, las sillas, las duelas del piso, la alfombra de la sala?... Los sillones están desarmados, el baño está inundado, los closets vacíos, y la ropa esparcida por aquí y por allá, hasta en el jardín, revuelta con basura de todo tipo, y por aquí y allá embarrada en mierda.

Nadie se explica qué ha pasado, de dónde han salido tantas pelotas, tantas cintas grabadas con películas, tanta basura. Cómo ha podido pasar esto. La mamá descuelga el teléfono, cuando lo rescata del mundo de basura que lo cubre, asqueada al encontrar la bocina pegajosa, goteando mermelada.

—Bueno.

—¿Es el 563-09-07?

—Sí.

—¿Con quién hablo?

Una ola de mal humor sube por Julia. Sus ojos repasan todos los puntos de la casa. Es un desastre. Hasta en las paredes hay basura adherida. No

puede explicarse qué pasó. Por abajo del aparato telefónico escurre leche con chocolate. Cae una gota en su zapato.

—¿Con quién quiere hablar?

— ¿Es la casa de la familia Velásquez?

— Sí.

—Hablo de la Delegación Policíaca de Coyoacán. Tenemos aquí a un niño, muy menor que dice llamarse el niño o el Rey Arturo Velásquez Velásquez.

— ¡En donde está el niño!

— ¿Quién habla?

— Soy su mamá.

— Su nombre.

— Julia Velásquez. Soy la mamá de el niño. Voy para allá.

Cualquier otro día habría llegado a la Delegación en quince o veinte minutos. Cualquier otro día: solamente salir de la cuadra les podía llevar diez veces ese tiempo. Su carro era el único no estrellado contra alguna barda, una puerta, árbol, otro carro o ventanal. Habría de moverse los coches, y después quitar los vidrios rotos, las ramas de los árboles, las paredes derrumbadas para poder salir.

Julia Velásquez dejó el coche y se dirigió caminando hacia la esquina, obnubilada, sin darse cuenta de que iba con ella su marido, el papá del niño, llevándola del brazo, casi jalándola, asombrado pero no atónito, decidido a llegar por el niño. En cuanto alcanzaron la avenida ancha, Patriotismo, tomaron un taxi.

—Llévenos a la Delegación Policiaca de Coyoacán.

—Va a estar imposible, pero oritaorita vemos cómo le hacemos — contestó el taxista. Él había reaparecido adentro de su automóvil, cuadras atrás, en un alto. Siguió adelante, pero en instantes supo que había ocurrido algo. Lo oyó en el radio antes de acercarse al área de desastre.

—¿Imposible?

El radio del taxista sigue encendido. No se escucha ni la música ni los anuncios habituales. Un comentarista con ritmo agitado va recitando los partes policiales que se reportan del sur de la ciudad: asaltos a casas habitaciones, edificios, oficinas, comercios de todo tipo, automóviles estrella-

dos o robados, allanamientos de domicilios, saqueos... La policía anuncia que se están instalando casillas provisionales de emergencia a lo largo de dos cuadras de Miguel Ángel de Quevedo, para dar atención a las demandas, y recomienda que en caso de sólo haber habido allanamiento, pero no robo, incendio, desaparición o destrucción de bienes, no reportar los hechos. Era muy importante mesurar si valía la pena usar el espacio que tal vez otros necesitarían apremiantemente. El locutor hizo una serie de recomendaciones a la población en general, con objeto de facilitar las operaciones de bomberos, policía y brigadas especiales:

No circular por la zona comprendida entre Eje Sur y Eje 10 Sur, Avenida Revolución y Río Churubusco. Reprimir sobre todo la curiosidad. No utilizar el teléfono más que para llamadas de emergencia.

Y a los vecinos del área más afectada:

No abrir las llaves de gas, desconectar la entrada de electricidad, desalojarlas casas...

— Pero, ¿qué pasó? —preguntó el señor Velásquez.

— No lo sabe, nadie, señor. Nadie, nadie. No más que no vamos a poder llegar, de atrás, de donde vengo, no había problema, pero mire aquí...

El tránsito era tan espeso que la calle Tintoretto parecía un estacionamiento.

—Es que tenemos que llegar.

—Crucen a pie Insurgentes —les recomendó el taxista—, parece que el problema está ahí. Pero ni se hagan ilusiones.

Pagaron y bajaron del taxi.

Por la Avenida Insurgentes, un contingente grueso de peatones caminaba. No eran diez, no eran cien, eran miles, caminando festivos en grupos holgados, no apretados o compactos como una multitud. Relajados, la mayoría jóvenes caminantes del norte o de las afueras de la ciudad que, aburridos de ver las plantas muertas en sus habitaciones, venían a ver lo que había ocurrido donde viven los ricos, a pepenar, tal vez, si tenían suerte, las sobras dispersas por las calles y las banquetas de lo que había sido saqueado de las grandes tiendas. A lo más que llegaban las fuerzas públicas, era a proteger los grandes almacenes de vitrinas rotas, ni soñar con recoger aquí y allá huellas digitales de los asaltos, pero sí trataban de hacer menos asfixiantes los atolladeros del tránsito. Detenían aquí y allá a la multitud

para dejar pasar a los automovilistas desesperados que se veían varados en las avenidas y las calles que confluyen a Insurgentes, Frente al gran almacén Liverpool, la policía antimotines disparaba enormes chorros de agua sobre la gente para mantenerla alejada: en las banquetas que rodean al almacén y en las dos explanadas de sur y de norte, pilas de mercancías se encontraban tiradas en descomunal desorden. Entre las cosas regadas, la policía defendía.

¿Qué defendía? Con sus chorros bañaban también la mercancía, con sus botas y con las patas de sus caballos y con sus perros destrozaban las cosas que la gente pretendía arrebatarles. La fiesta que caminaba por la avenida Insurgentes aquí se volvía multitud. Apelotonada peleaba. Gruñía. Soltaron granadas de gases lacrimógenos. Soltaron macanazos. Soltaron a los perros. Los que no se dispersaron, fueron golpeados más y llevados a bordo de las camionetas de la policía.

A pesar de las represalias, más y más gente bajaba a ver las tiendas, los grandes almacenes, las panaderías, las casas, las oficinas vueltas de cabeza y vaciadas en las calles; más y más gente: las hordas de Santa Fe, de San Bernabé, del Norte de la Ciudad, de Chalco, los que nunca pueden apropiarse de las tiendas, los que conocen qué contienen por los afiches, los comerciales del radio, de la televisión, pero que nunca podrán tener lo que los publicistas prometen... ¡Todos se acercaban a ver la gran fiesta!

Pasarían días antes de que se regresara al orden.

Pero éste terminaría por regresar a la ciudad, aunque nadie pudiera explicarse nunca por qué a mitad del tiempo esta avalancha desconocida atropellara la región sin ser sentida, trayendo desorden y destrucción, mugre, caos a tantas casas, a tantas tiendas, restaurantes y oficinas, y algo de muerte

III

¿QUIÉN LLEGÓ para dominar a quién? Porque todos los que tocan pie en tierra ejercen la facultad del dominio en otros o la fatalidad de la sumisión, así en la paz como en la guerra, en el amor como en el odio o en la indiferencia. En esta historia, ¿quién domina a quién?

Cuando quedó el niño a solas para apropiarse de la ciudad y cuanto ella contenía, su poder se desvaneció en los orines que a diario derramaba en los colchones. ¿Se orinaba de miedo? ¡Se orinaba por el poder, porque todo era de él, porque él era el amo! ¿Su poder era lo que había hecho desaparecer a los demás? ¿Había arrojado fuera de la vida a los otros durante días incontables, suspendiéndolos del tiempo y su paso, sacándolos con todo y cuerpos de sus cuerpos? ¿Sí?

Ahora que los demás habían vuelto, tenían en sus manos, como símbolo del poder, la maza del combate. ¡Y le iban a cobrar al niño los litros de orines derramados en su incontinencia nocturna, despilfarrados de casa en casa, de cuadra en cuadra, de colonia en colonia por la ciudad!

Zangoloteada más recio la masa del poder, el niño siente la mano de su madre rozándole la cara para acariciarlo. «Mi niño», le dice «¿Tu niño?», piensa el monstruo que ha sido dueño de todo, «¿tu niño, yo? ¡Has de gritarme que viva, que viva mil veces o te mato!»

Pero no mata nada el niño, ahora. No mata porque no puede matar. No tiene poder. No es él el «¡que viva!» ¡Que vivan los demás, los que han regresado! y el niño que se vaya a la porra.

Bueno, no todos los que han regresado. Por la noche, a los muertos de hambre y a los miserables que salen a cazar lo que creen que encontrarán aún tirado por las calles, son arrestados y golpeados y molestados por las fuerzas policiacas. Si durante el reinado del niño no murió nadie, ahora han muerto muchos. No sabemos cuántos porque, como es la costumbre aquí, se esconden las cifras. Y han muerto golpeados, maltratados o asesinados con armas de fuego por la policía.

En cambio, las señoras riegan las macetas.

El niño da explicaciones. Nadie lo escucha. Si la ciudad entera está trastornada, ¿quién lo va a escuchar a él que no es nadie, que es menos que nadie, que es sólo un niño?

En la noche lo acuestan a dormir. Mamá lo arrulla, cantando suavemente para su niño. Papá entra a la casa y se detiene en el quicio de la puerta del cuarto del niño. Los hermanos ven la televisión en el estudio de papá, el único rincón no sembrado por el caos. Ven escenas similares a las de la casa,

—¿Ya fuiste con los Calera?

— De ahí vengo. Sólo fui a eso.

— ¿Y de verdad están velando el cuerpo en casa? -

— Sí. No creo que lo hubieran podido hacer de otra manera. Con este caos.

— ¿Cómo están?

— Imagínate.

— ¿Les diste el pésame de mi parte?

— Por supuesto que sí, Julia.

— ¡Pobre profesor Calera!

— Mañana es el entierro. Salen de aquí a las once. Nos disculpé.

Mamá vuelve a arrullar al niño. Este trata de escuchar atrás de los arrullos lo que dice la televisión. Mamá guarda de pronto silencio. .

— Fui yo, mamá, fui yo.

— Ya duérmete. Es tarde. Ha sido un día difícil. Cierra tus ojitos.

— ¿Me perdonas, mamá? Fui yo. Fui yo. Yo lo hice todo.

— No, mi amor. No fuiste tú. Nadie sabe quién fue.

— Yo sí sé. Fui yo.

Ha sido un día difícil. Julia tiene los pelos de punta.

— ¡No te quiero oír decir eso! ¡Te prohíbo que lo repitas!

— Yo lo hice.

A Julia se le altera la voz:

— ¡Con un demonio! ¡Cállate! ¡Olvida eso!

Papá observa la escena desde el quicio. Tampoco entiende nada.

— Julia, déjamelo a mí. Yo me encargo del niño.

Mamá sale del cuarto. Está fuera de sí. No quiere ver porque adonde pone los ojos hay algo más que desastre. ¿Qué pasó en esta casa? Los trabajadores de la casa han limpiado todo el día y no consiguen regresar ni de lejos las cosas a su lugar… Corre a sentarse con sus otros hijos frente a la televisión.

Papá se sienta junto al niño, en la cama.

— Es que fui yo, papá. Quiero que me perdonen.

— ¿Fuiste tú?

— Sí, papá.

— ¿El que hizo todo esto?

— Sí, deveras.

— ¿El que manejó los coches y los estrelló, y rompió los muros, y vació Liverpool y saqueó las tiendas?... ¿Cómo?, ¿tú?

— Fui yo. Yo lo hice. ¡Que viva! ¡Que viva el Rey Arturo!

— ¿Dices que tú lo hiciste?

— Sí yo fui, yo fui.

— Fuiste tú. Aunque te castigue fuiste tú.

— Fui yo, me hagan lo que me hagan yo fui.

— El responsable de todo.

— Sí, papá. Ustedes me dejaron solo mucho tiempo. Tampoco estaba Pedro. Ni mi abuelo. Les hablé y no estaban. Les hablé muchas veces. Y en la calle no había nadie. Yo tenía miedo.

Papá se quita el cinturón.

Esto sólo se podrá arreglar a cinturonazos.

Falta una voz en la escena, una voz que clame la verdad de esta historia: "¡que viva! ¡Que viva!" ¡Y le exija al padre que guarde el cinturón en su lugar y mire a su hijo con respeto! ¡Él sí lo hizo! ¡Él fue! Si quiere tener la razón el padre, debe gritar con nosotros: "¡que viva el rey Arturo! ¡Que viva el rey Arturo!"

FACSIMILAR

ROJA DOMÉSTICA

(fragmento)
1987

Para esta selección de textos, incluimos un fragmento de ROJA DOMÉSTICA, que estrenó en 1988 en el Foro del Museo Tamayo. Aparece aquí por cortesía de Magali Lara: el manuscrito seperdió (o traspapeló). Nunca antes publicado, lo dejamos en las hojas con que trabajaron la propia Magali Lara (vestuario y escenografía), Jesusa Rodríguez (iluminación), Liliana Felipe (música original), los actores (Eduardo López Rojas, Marcial Salinas, Oscar Flores, Francisca Vargas y Mara Ybarra), y en la dirección Marta Luna. La producción fue de Alejandro Aura.

FACSIMILAR

roja doméstica

Lector:

El texto que usted tiene en las manos (o frente a los ojos en caso de asistir a su representación) lleva el nombre de **Roja Doméstica**. ¿**Roja Doméstica?** ¿Qué es **roja doméstica**? Límites se encargará de explicárselos. Mi papel consiste solamente en enumerar los fragmentos de que se compone esta obra de teatro, a saber:

Presentación de Límites
Dinero divino
Celos fantásticos
Necesidades tiranas
Brote de pasión
Equívoco acertado
Final

Cinco son los actores que representan a los siguientes personajes:

Límites García: un demonio juguetón, una aparición espiritual y con humor, un ser inhumano y cálido.

Mateo e **Irene**: pareja clase media, jóvenes los dos y de buen aspecto. Parecen gente de bien, vamos, si usted fuera patrón les daría trabajo. Los dos fueron a la universidad y tienen títulos de licenciados (probablemente a la universidad privada).

Rita y **Saúl:** pareja de clase media. Igual, probablemente profesionistas, tal vez menos jóvenes que Mateo e Irene. Como ellos dos, no tienen hijos.

(Si el lector cuenta, hasta aquí van cinco. Los demás personajes pueden ser interpretados por los mismos actores, Son exactamente lo mismo, personas normales, con cara de decentes, profesionistas, gente educada.)

Rebeca y **Sebastián**

Joaquín y **Susana** (estas dos parejas deberán ser representadas por cuatro actores, como notará el espectador o el lector),

Eso es todo lo que me corresponde decir. Los dejo con Límites, él sabe más que yo de cualquier aspecto referente a **roja doméstica**. Nos vemos (así de reojo, no de otro modo ve el autor al lector) en la próxima obra, si su paciencia lo permite...

Carmen Boullosa

Post Data al lector: Dediqué esta obra a la directora de teatro Marta Luna, y si dejo la dedicatoria en el cuerpo de la obra y no en una inocente página al principio del libro,

se debe a que sin Marta, **Roja doméstica** no sería el texto que hoy es.

LIMITES; Muy buenas noches tengan ustedes. Agradezco, a nombre de todos los que pasarán frente a sus ojos en unos momentos, su presencia en este lugar. Por lo que toca a su servidor, Límites García, he venido a este lugar sólo pensando en ustedes, en su propio bien,diré que con un afán de servicio al que no sabría bien si calificar de didáctico o de orientador. Dije "he venido a visitarlos" y ustedes así lo han creído... ¡Para qué finjo! ¡Yo soy quién los ha reunido aquí, frente a mí, en este lugar, yo soy quien los ha obligado a sentarse en los lugares que aquí ocupan para que presencien la roja coloración de ciertas vidas domésticas, la subida tonalidad que he dejado caer en sus pasiones, el colorado tinte que a ningún periódico le interesaría publicar (me pregunto por qué, por qué insisten neciamente en imprimir sólo aquellas anécdotas que se caigan de simples, por qué no se atreven a llevar al lector reseñas de coloradas gotas, descripciones del tinte que dicta la realidad y, si no los actos, sí todo cuanto en ellos ocurre)!

Sí, sí, hay que permitir que ocupen el sitio por el que pujan las tibias pasiones tiernas coloradas... ¡Ah! ¡Perdonen! Los noto desconcertados... ¿Quieren que aborde mi presentación cauteloso, quieren que les explique lenta y maternalmente, paso a paso, por qué estoy aquí? ¡No puedo! ¡No sabría hacerlo! ¡Saben las flores las dificultades que tengo que vencer para poder utilizar las palabras que ustedes comprenden! ¡Los sonidos saben el descabellado esfuerzo que tengo que hacer para humillar mis labios con los balbuceos que ustedes entienden! ¡El color conoce mi esfuerzo y en todo su misterio me compadece!

¡El color, sí, el color especialmente! Porque el color es lo que yo quisiera mostrarles, como el observador que tiñe la materia diminuta para observarla al microscopio, como la luz del sol que otorga colores a las cosas del mundo para que sus ojos torpes las comprendan... Con el mismo afán de revelarlas quiero mostrar a ustedes el color de sus pasiones domésticas, de aquéllas que conviven con ustedes enjauladas, deambulando hipócritas, falsamente humildes, como siervas, cuando saben que reinan en el corazón de todos, reinan... Porque en ustedes todo es hipócrita, mentiroso... Tanto se apegan a la mentira...

Hoy, por señalar un tiempo cualquiera (no tengo apego especial al **hoy**, ya que es para mí algo de lo que fácilmente puedo desprenderme... Yo no tengo miedo y eso me distingue radicalmente de ustedes, yo no tengo miedo y por eso, entre muchas otras razones, puedo deambular sin desazón en todos los tiempos, puedo desplazarme, por usar la menos torpe de sus palabras torpes, de un momento a otro o de un instante a otro o de un siglo a otro o de un tiempo cualquiera proyectarme a un territorio sin tiempo, o a alguno de los territorios donde el tiempo es una piedrecita que chirría

bajo nuestros zapatos...) Decía que hoy ustedes se mienten al creer que se encuentran aquí por su voluntad... ¡Ustedes, oigan bien, ustedes llegaron aquí porque yo, Límites García, así lo decidí!

¿No lo creen? Tampoco creyeron en mí éstos que hoy apareceré en sus ojos para que se asomen parpadeando al tono que llamaré roja doméstica. ¡Vamos! No miré al fondo de sus corazones sino a la más pálida de sus superficies, aquella que sobrevive atolondrada en su existencia sin esqueleto y sin fuerzas... Sí, se llama roja doméstica y casi no es nada, pero es menos aún porque ustedes quieren creer que no los gobierna: ustedes, casisnadas, poquititascosas, a ustedes los gobiernan esas cucarachas... Sus dueños son las pasiones domésticas que hoy, legítimamente dueñas, posesionadas de lo que les pertenece, alterarán ligeramente pasajes cotidianos, fragmentos repetitivos de días, dándole a cada momento su verdadero sentido. Ya que ellas son las dueñas, hoy quitaré el manto de los dioses que mandan sobre ustedes, ¡que zumben los aullidos de sus pequeñas formas!, ¡que inunden sus incorporeidades las vidas de los humanos que hoy presento! ¡Yo hoy las vuelvo poderosas, hoy les permito que se apropien visiblemente, en el espacio que llaman realidad, de lo que de por sí les pertenece! ¡Que tiñan con su torpe tono rojo sus vidas pequeñas!

¡¡No se detengan más! ¡Adelante! (El telón se abre. La escena se ilumina poco a poco, en lo que termina de hablar Límites García: el comedor de una casa, clase media. Una pareja en el desayuno: él, Mateo, lee el periódico, ella trae los últimos elementos del desayuno a la mesa y toma asiento junto a él.) ¡Que caiga una gota roja en la vida doméstica! ¡Que caiga, que caiga, que caiga aquí hoy en los que traje para vivir ante ustedes sus minúsculas vergüenzas, sus desgracias de a quinto! ¡Pasen! Este (tocándolo al hombro sin que lo advierta) es Mateo, la que se sienta frente a él es Irene. Yo, Límites García, bañaré para que la noten la pasión que los sustenta. ¿Cómo? ¡No haré más que darles lo que desean! (Límites desaparece).

MATEO; Se te olvidó el azúcar. Nunca traes la azucarera.

IRENE; Yo no tomo azúcar.

MATEO; Se me enfría el café, tráela.

IRENE; ¿Qué te cuesta traerla tú? Yo hago el café, yo pongo la mesa, yo hago los huevos tibios, yo te sirvo tus huevos tibios, yo les pongo sal.

MATEO; A veces.

IRENE; Siempre. Yo recojo los platos. Yo los lavo. Yo los guardo. Y luego a trabajar, igual que tú.

FACSIMILAR

MATEO; ¿Ganas igual que yo? Entonces cállate.

IRENE; Trabajo las mismas horas que trabajas tú.

MATEO; Ya.

IRENE; ¿Qué trae el periódico?

MATEO; Nada.

IRENE; Entonces qué le lees.

Suena el timbre de la casa. El sigue leyendo el periódico mientras que ella toma su café tranquilamente. Vuelve a sonar el timbre.

IRENE; Abre,¿no? (él no contesta). Está bien, abro yo. Pero ya no voy a aguantar. Contrata una sirvienta. Te salgo gratis y además coopero para la letra del condominio (va a abrir).

MATEO; ¿Me sales gratis? ¿A nombre de quién está el condominio?

IRENE (frente a la puerta, antes de abrir): ¿Quién dio el enganche? Yo. Yo di el enganche. Tú no tenías un solo peso guardado cuando te casaste conmigo. (Abre la puerta.Se asoma.) No es nadie. ¡Ah! Nos dejaron una caja! (la mete.)

MATEO (ya sin el periódico frente a la cara): Primero ve qué es; ¿cómo andas metiendo eso así nomás a la casa?

IRENE (cierra la puerta): La dejaron frente a la puerta de mi departamento, o sea que es mía. Si es algo que no quiero lo boto. Por ejemplo, si fuera un bebé, aviso al DIF y vienen por él. Si fuera basura, la dejo en la esquina.

MATEO; Tú la cargas.

IRENE; ¿Quién baja la basura? ¿Tú? Ay sí, no.

MATEO; Nunca te vuelvo a ayudar (vuelve al periódico). Se te va a hacer tarde.

IRENE;Y si me descuentan el día a ti que te importa.

MATEO; Luego no te quejes.

IRENE; ¡Quejes! Lo que hice fue pedirte prestado. No me quejé. Te pedí.

MATEO; Y te negué. Soy un cabrón, dices. No tengo dinero. No

FACSIMILAR

me alcanza. Gastas como rica.

IRENE; Y ganas como pobre.

MATEO; Exactamente. ¿Qué trae tu cajita? Revísala. No vaya a ser un gato pulgoso. (Irene abre la caja de cartón y se y se queda en silencio, mirando el contenido.) ¿Qué tiene?

IRENE; ¡Dinero! Puros billetes grandotes. Montones de billetes. Fajos de billetes.. ¡Soy rica! ¡Por fin! ¡Soy rica!

MATEO (se levanta de la silla y va junto a ella): ¡Pero es verdad! ¡A cambiar de coche! ¡A Europa en verano!

IRENE; ¿Coche y Europa? No seas menso. Esto es una fortuna. Casa en el Pedregal... viajes... Yo dejo el trabajo. ¡Soy rica! ¡Mira qué lindo dinero! ¡Es divino!

MATEO; Lo primero es el coche. Después prudencia y cautela para que no nos tomen por narcotraficantes o se quieran encajar con los impuestos. ¿Cuánto crees que haya? Cuéntalo...

IRENE; No empieces a dar órdenes aquí porque este dinero es mío. Mío, me lo dejaron a mí.

MATEO; Siempre te sale lo miserable. Está bien. Es tuyo. Ahora llamo a la policía y le informo de lo que ilícitamente quieres apropiarte.

IRENE; ¿Qué?

MATEO; No cayó del cielo el dinero, ¿verdad? Debemos informar.Ve a saber en qué lío nos metemos con esta cajita de dinero. Ha dé ser un hurto... El robo de un banco... Mejor informemos a la policía...

IRENE; Es nuestro. Mitad y mitad. No informemos nada. Vámonos Empaca y larguémonos. Nuestros pasaportes están al día.

MATEO; Cada quien carga su mitad. No empaques nada. Para qué. Con esa pachocha te compras lo que sea. Lo que quieras.

IRENE; ¿En qué nos llevamos el dinero? Ni modo que en la caja. Baja las maletas del clóset.

Falta

MATEO; ¡Cómo no! Estúpida. Ni creas que me vas a dar la mitad. Sin mí te quedabas sin un peso... En el aeropuerto pasan el equipaje por un aparato que lo radiografía, ¿no es verdad?

IRENE; ¡Sí! La Lupe deposita...

FACSIMILAR

MATEO: Eso pensaba. Vámonos al banco y mandamos los billetes. Sólo guardamos lo del avión y un poco.

IRENE; Para lo que pudiera ofrecerse. Yo sí empaco: ¿cómo me voy sin mis cremas? Tengo que avisar a la portera que nos vamos.

MATEO; ¿Dónde está?

IRENE; ¿Qué?

MATEO; ¡La caja! Ya no está (abre la puerta y encuentra la caja donde empezó la obra).

IRENE: ¡Qué loco!

MATEO (metiendo la caja de dinero): Nada es fácil. Nos lo dejan aquí (da vuelta a la llave en la cerradura). Nos lo quitan. ¡No voy a permitir que nos lo quiten! Estúpida, cómo que qué loco!

IRENE; ¿Dónde la llevas?

MATEO; Al cuarto.

IRENE: Mira, métela aquí (abre la puerta de un mueble del que retira lo que hay adentro). Guárdala aquí.

MATEO (acomodándo la caja): Irene... voy a hablar al banco... que me manden un policía... No. Van a sospechar. (Cierra la puerta del mueble.)

IRENE; Lo metemos en el forro de los abrigos (va hacia el cuarto). Así viajé de adolescente, con el dinero cosido en la ropa (regresa con un par de abrigos).

MATEO; Con un poco en el forro y lo demás lo cargamos pegado al cuerpo (abre un cajón del mueble y extrae unos papeles). Nos llevamos los pasaportes, las actas de nacimiento, mi título de licenciado...

IRENE; (terminando de descoser el forro): Para qué. ¿A poco vas a trabajar?

MATEO; Nunca se sabe. Y de aquí a que volvamos... Voy a despedirme de mi mamá.

IRENE; Ni le vayas a contar. Mejor ni lo hables, te va a sacar la sopa. Pásame algo de lana para irla acomodando.

Mateo abre las puertas del mueble y corre a la puerta a abrir.

FACSIMILAR

IRENE; No, nada tienen.

MATEO: Tenga, tenga. Adiós (cierra la puerta). Ahora, dónde están? Ya no estaban en los abrigos. ¡Ya no hay billetes en mi caja!

IRENE; ¡No está la mía! No está en los abrigos (abre la puerta). Ahora, ¿dónde está? Ya no está afuera esperándonos.

MATEO; Ni adentro del mueble... No, ya ni lo busques. Se fue, Irene, ¡se nos fue!... Tú lo dijiste: ¡el dinero lo puede todo, chiquita!

Límites entra al comedor, mientras Mateo e Irene continúan buscando, cada vez con menor esperanza, la caja de dinero.

LIMITES; ¿Quién se avergonzaría de tanta mezquindad? Tú, Mateo, ¿te avergüenzas?

MATEO; ¿Dónde quedó la caja del cochino dinero?

LIMITES; ¿Te avergüenzas, Mateo?

MATEO (deja de buscar y alza la vista): ¿Avergonzarme? ¿De qué?

LIMITES; ¡A ellos no les apena su mezquindad! ¡No les duele, siquiera, cambiar su mundo por una caja de papeles impresos! Ante sus propios ojos su espíritu marcha en orden, dibujando con las rodillas el ritmo de una epopeya triunfal...¿Habrá algún día un humano que los juzgará y los condenará a la hoguera? ¡Claro que no! Ni tiempos posteriores hablarán de ellos con vergüenza o repulsión, ¡si el tono es **roja doméstica**! Tú (gritándole a Irene), ¡ten! (avienta un billete e Irene se avalanza sobre él, tratando de alcanzarlo hasta desaparecer de escena). ¿Y Mateo? ¡Que regrese a su periódico! O que se tape los ojos con cualquier otro papel impreso,porque Mateo olvidó ya para siempre que existe algo a su alrededor (la luz del comedor baja hasta hacer sobre Mateo oscuro total, mientras Límites se desplaza al lugar del escenario en que haya de aparecer la sala), si es que algo ha quedado en pie a su alrededor, porque, ¿de qué espíritu podría sustentarse? , ¿cuál templaría su columna vertebral? ¡No del de Mateo!, claro que no. Junto a él, hasta yo, Límites García, me asfixio: entre el balbuceo torpe al que me obliga su lenguaje y el irrespirable alientito de Mateo, siento una papa en la boca... ¿no piensan, como yo, que es muy raro tener boca? Son ustedes tan necios, que seguro ya se acostumbraron a tener boca, cada quien su propia boca, con todas sus rarezas dentro... Pensemos en algo que me dé más aire para volar y sostenerme... Pensemos en alguien más apasionado... ¡que caiga aquí una gota de **roja doméstica**! ¡Que tiña a una mujer vestida de fiesta, tejiendo y al loco

posesionado de su marido, un ciego de celos, un entregado a los celos, un iluminado de celos... Ya que así es (la luz sube: en el escenario hay una sala del gusto que el lector quiera. Clase media acomodada, sillones de los que estén de moda, un buen aparato de sonido, alfombra, una cajonera de madera. En uno de los sillones, Rita teje una bufanda) ¡que los celos se apropien de esta casa, que sueltos, cimarrones, libérrimos se adueñen de sus vidas, que corran altaneros en el terreno que siempre han tenido que recorrer a hurtadillas! ¡Que sea suyo lo que de por sí les pertenece! ¡Celos! ¡Apodérense de su noche de aniversario! ¡Digan: "esta lógica es mía"! ¡Apróphiense, desmodérense, búrlense de su amor, de sus afectos, tomen las prendas que los han cebado, adelante! Los dejo con ella, se llama Rita, y con Saúl, al que en pocos momentos verán entrar. Con permiso de ustedes (desaparece).

RITA; ¿Qué haces?

SAUL; Voy a matarla.

RITA; ¿A quién vas a matar?

SAUL (voltea a verla): A ti.

RITA; ¿A mí me vas a matar? (riéndose).

SAUL (abriendo cajón tras cajón y removiendo, sin encontrar lo que busca): En qué cajón la dejé...

RITA: Te pregunto, ¿me vas a matar a mí?

SAUL: Ahí está, como una perra, en la puerta... la blusa abierta... ¡sinvergüenza!...

RITA; ¿Quién está allá afuera?

SAUL (voltea a verla): Tú.

RITA; ¿Yo? Yo estoy sentada, leía el periódico.

SAUL; Desde el coche la vi.

RITA (se levanta del sillón, corre la cortina y se asoma por la ventana): No hay nadie. ¡Dejaste el coche a media calle!

SAUL; ¿Dónde está?, ¿dónde la dejé?

RITA (todavía asomada a la ventana): Vas a revolver todos los cajones. No hay nadie allá afuera. Ven... Asómate. Además, ¿cómo iba yo a estar adentro y afuera?

SAUL; Aquí está (enseña la pistola). Y las balas (se sienta

en la silla más cercana a cargar el arma)... me las va a pagar... sus cochinadas... de mis sospechas.

RITA; ¡Serénate! Aquí estoy, sentada. Llegué del trabajo hace dos horas. No me he movido del departamento. Te he estado esperando, ¿no íbamos a salir juntos a cenar? Es nuestro aniversario. Deja eso y cámbiate para que...

SAUL; Con ésta me las pagará todas (sale del departamento, deja la puerta, se oyen pasos apresurados en la escalera Rita abre la ventana y busca. Se oye a Saúl gritar:) ¿Otra vez llegaste tarde a la casa porque estabas trabajando? Mira qué bien trabajas, pinche puta... (una detonación, pasos, taconeo en la escalera. Entra por la puerta abierta) Debí patearla (se deja caer en el sillón junto a Rita, que sigue asomada a la ventana).

RITA; No veo nada afuera.

SAUL (que no ha alzado la vista): Está muerta y no pierdo los celos (hace a Rita a un lado de la ventana y grita:) ¡Puta! ¡Puta infeliz! ¡Has hecho mi vida pedazos!

RITA; Oye, serénate. Estás mal. ¿Te hago un tecito?

SAUL (volteando a verla): Como que si me haces un tecito. ¿Para qué?

RITA; Para que te calmes; mira, yo no vi nada afuera.

SAUL; Te acabo de matar con un balazo y quieres que me calme...

RITA; No hiciste nada de eso. Fue un balazo al aire; ya sé... cerremos la puerta (la cierra) y olvidémonos de la cena fuera de casa. ¿Te parece bien? Tengo algo congelado, lo meto al microondas y ¡zas! ¡feliz fiesta de aniversario! ¿Te parece? Voy a cerrar la ventana para que no nos dé frío (se asoma una vez más y la cierra) ¿Te traigo tus pantuflas? Déjame quitarte el saco y te lo cambio por un suéter para que estés cómodo. ¿Te parece?

SAUL; Te acabo de matar allá afuera. Te di un balazo aquí, en la frente. La cabeza se te reventó y caíste como un puerco muerto al piso. El hombre que te abrazaba salió corriendo.

RITA; Mejor que tecito te doy un valium. Por ahí tengo, no sé ni por qué. ¡Estás loco! Nada de lo que cuentas pudo haber sucedido. Uno: aquí estoy. Dos: ¡no hay nadie allá afuera! ¡Mira lo que te imaginas por celoso! ... ¿Quieres ya cenar, o qué? ¿El valium? ¿Un vodka tónic? ¡Contéstame! ¡No estés así, pareces mueble! ¿De qué

lloras?

SAUL; Todo lo que imaginé fue cierto. Me engañaba con todos, con los del trabajo, con sus antiguos novios, con quien fuera. ¡No le bastaba mi amor!

RITA; Claro que me basta tu amor. Si yo sólo te quiero a ti. Ten (abrazándolo y besándole la cara). Besos no te hacen mal. Mírame.

SAUL (mirándola): Te acabo de matar afuera.

RITA; Deja de pensar en lo que no puede ser. ¡Oye! Es nuestro aniversario, no un velorio, no seas así. Los celos son tu enfermedad, no tienen nada que ver conmigo. Contrólate, no seas loco.

SAUL; Te maté.

RITA; ¡Ya estuvo bueno! ¡Estás loco, loco de atar con esa historia de celos! ¡Ya me tienes harta! ¿Qué quieres? Qué deje el trabajo. Después me prohibirás ir al súper, después salir a comprar el periódico. ¡Ya párale con tu numerito! No voy a dejar el trabajo. Son una estupidez.

SAUL; ¿Qué?

RITA; ¿Que qué?

SAUL; Qué son una estupidez.

RITA; Tus celos.

SAUL; ¡Cómo no me iban a dar celos! ¡Sal allá afuera y mírate estrellada en la banqueta, con la cabeza reventada! ¡Te hubieras visto fajando con ése!

RITA; ¡Ya estuvo bueno! ¡Ya no te soporto! ¡Esto se acabó! (toma su bolsa. Se pone el saco y sale. Se le escucha bajar corriendo los escalones. Luego se oye un grito de sobresalto afuera y vuelve a subir. Abre con sus propias llaves la puerta y corre al teléfono. En el grueso directorio de teléfonos, consulta una de las primeras páginas y marca:) ¿Cruz Roja? Urge servicio aquí en la calle de Giorgione 17, Mixcoac. Esquina Boticelli. Hay una mujer herida de bala en la calle. Una herida en el hombro. Creo que no está muerta. Sangra mucho... Avisé yo, Rita Avila de... de nada: Rita Avila. Gracias. Apúrense, por favor (cuelga). ¡Si el de al lado es doctor! (sale y toca en la puerta contígua. Nadie contesta.) Ahora sí la hiciste buena... ¡Acribillando inocentes por celos imaginarios!

SAUL; No eran imaginarios.

FACSIMILAR

RITA; ¡Ah, no! Eran fantásticos. ¡Celos fantásticos, maravillosos, gloriosos, extraordinarios! ... Eres un imbécil.

SAUL; Eso crees tú, que me puedes engañar como a un imbécil. Hasta aquí llegue. Esto se acabó.

RITA: Claro que esto se acabó. Yo no duermo con un asesino.

SAUL: Yo no duermo con una puta.

RITA: Ya cállate, ¡loco!, desquiciado.

SAUL; ¡Tiraste mi amor a la basura!

Se escuchan ruidos afuera.

RITA; ¡El doctor! Es el vecino abriendo la puerta. ¿Cómo no la vio al entrar? (se levanta para llamar al vecino).

SAUL; ¿También con ése te acuestas?

RITA; ¡Oh! Llámalo tú. A ver si todavía la salva.

SAUL (sale del departamento apresuradamente y llama al doctor): Doctor, ¡ayúdeme!... fue un arranque de celos (se escuchan sollozos y una voz ahogada en llanto) ¡Sálvela! ¡Trate de salvarla! (llora como un niño, abiertamente.)

Rita sentada en el sillón donde empezó la obra, se quita el saco. Una gruesa capa de sangre empapa su blusa de seda blanca. El doctor entra y se dirige a ella. Al tocarle la cabeza, Rita se desploma en el respaldo del sillón. Le abre los párpados y le toma el pulso.)

DOCTOR; Está muerta (se dirige al teléfono, marca y dice:) Soy el doctor Alvarez. Por favor traigan una ambulancia a...

Entra Límites a escena.

LIMITES; Sal, doctorcete, tu ciencia sirve aquí para maldita la cosa. (El doctor sale. Límites y Rita quedan solos en el escenario. Límites se acerca a ella, la toma de la mano y se sienta a su lado.) ¡Muerta! ¿Toditita? (Mete su mano por abajo de la blusa de Rita) No, no toda está muerta. Claro, para el doctor sí, para ustedes también, no es más que carne de la que hay que deshacerse. ¡Pero yo oigo su corazón cantando! ¡Rita! Soy Límites...

RITA (alzando la cabeza y mirando a Límites a los ojos): ¿Quién?

posesionado de su marido, un ciego de celos, un entregado a los celos, un iluminado de celos... Ya que así es (la luz sube: en el escenario hay una sala del gusto que el lector quiera. Clase media acomodada, sillones de los que estén de moda, un buen aparato de sonido, alfombra, una cajonera de madera. En uno de los sillones, Rita teje una bufanda) ¡que los celos se apropien de esta casa, que sueltos, cimarrones, libérrimos se adueñen de sus vidas, que corran altaneros en el terreno que siempre han tenido que recorrer a hurtadillas! ¡Que sea suyo lo que de por sí les pertenece! ¡Celos! ¡Apodérense de su noche de aniversario! ¡Digan: "esta lógica es mía"! ¡Apróplense, desmodérense, búrlense de su amor, de sus afectos, tomen las prendas que los han cebado, adelante! Los dejo con ella, se llama Rita, y con Saúl, al que en pocos momentos verán entrar. Con permiso de ustedes (desaparece).

RITA; ¿Qué haces?

SAUL; Voy a matarla.

RITA; ¿A quién vas a matar?

SAUL (voltea a verla): A ti.

RITA; ¿A mí me vas a matar? (riéndose).

SAUL (abriendo cajón tras cajón y removiendo, sin encontrar lo que busca): En qué cajón la dejé...

RITA: Te pregunto, ¿me vas a matar a mí?

SAUL: Ahí esta, como una perra, en la puerta... la blusa abierta... ¡sinvergüenza!...

RITA; ¿Quién está allá afuera?

SAUL (voltea a verla): Tú.

RITA; ¿Yo? Yo estoy sentada, leía el periódico.

SAUL; Desde el coche la vi.

RITA (se levanta del sillón, corre la cortina y se asoma por la ventana): No hay nadie. ¡Dejaste el coche a media calle!

SAUL; ¿Dónde está?, ¿dónde la dejé?

RITA (todavía asomada a la ventana): Vas a revolver todos los cajones. No hay nadie allá afuera. Ven... Asómate. Además, ¿cómo iba yo a estar adentro y afuera?

SAUL; Aquí está (enseña la pistola). Y las balas (se sienta

en la silla más cercana a cargar el arma)... me las va a pagar... sus cochinadas... de mis sospechas.

RITA; ¡Serénate! Aquí estoy, sentada. Llegué del trabajo hace dos horas. No me he movido del departamento. Te he estado esperando, ¿no íbamos a salir juntos a cenar? Es nuestro aniversario. Deja eso y cámbiate para que...

SAUL; Con ésta me las pagará todas (sale del departamento, deja la puerta, se oyen pasos apresurados en la escalera Rita abre la ventana y busca. Se oye a Saúl gritar:) ¿Otra vez llegaste tarde a la casa porque estabas trabajando? Mira qué bien trabajas, pinche puta... (una detonación, pasos, taconeo en la escalera. Entra por la puerta abierta) Debí patearla (se deja caer en el sillón junto a Rita, que sigue asomada a la ventana).

RITA; No veo nada afuera.

SAUL (que no ha alzado la vista): Está muerta y no pierdo los celos (hace a Rita a un lado de la ventana y grita:) ¡Puta! ¡Puta infeliz! ¡Has hecho mi vida pedazos!

RITA; Oye, serénate. Estás mal. ¿Te hago un tecito?

SAUL (volteando a verla): Como que si me haces un tecito. ¿Para qué?

RITA; Para que te calmes; mira, yo no vi nada afuera.

SAUL; Te acabo de matar con un balazo y quieres que me calme...

RITA; No hiciste nada de eso. Fue un balazo al aire; ya sé... cerremos la puerta (la cierra) y olvidémonos de la cena fuera de casa. ¿Te parece bien? Tengo algo congelado, lo meto al microondas y ¡zas! ¡feliz fiesta de aniversario! ¿Te parece? Voy a cerrar la ventana para que no nos dé frío (se asoma una vez más y la cierra) ¿Te traigo tus pantuflas? Déjame quitarte el saco y te lo cambio por un suéter para que estés cómodo. ¿Te parece?

SAUL; Te acabo de matar allá afuera. Te di un balazo aquí, en la frente. La cabeza se te reventó y caíste como un puerco muerto al piso. El hombre que te abrazaba salió corriendo.

RITA; Mejor que tecito te doy un valium. Por ahí tengo, no sé ni por qué. ¡Estás loco! Nada de lo que cuentas pudo haber sucedido. Uno: aquí estoy. Dos: ¡no hay nadie allá afuera! ¡Mira lo que te imaginas por celoso! ... ¿Quieres ya cenar, o qué? ¿El valium? ¿Un vodka tónic? ¡Contéstame! ¡No estés así, pareces mueble! ¿De qué

lloras?

SAUL; Todo lo que imaginé fue cierto. Me engañaba con todos, con los del trabajo, con sus antiguos novios, con quien fuera. ¡No le bastaba mi amor!

RITA; Claro que me basta tu amor. Si yo sólo te quiero a ti. Ten (abrazándolo y besándole la cara). Besos no te hacen mal. Mírame.

SAUL (mirándola): Te acabo de matar afuera.

RITA; Deja de pensar en lo que no puede ser. ¡Oye! Es nuestro aniversario, no un velorio, no seas así. Los celos son tu enfermedad, no tienen nada que ver conmigo. Contrólate, no seas loco.

SAUL; Te maté.

RITA; ¡Ya estuvo bueno! ¡Estás loco, loco de atar con esa historia de celos! ¡Ya me tienes harta! ¿Qué quieres? Qué deje el trabajo. Después me prohibirás ir al súper, después salir a comprar el periódico. ¡Ya párale con tu numerito! No voy a dejar el trabajo. Son una estupidez.

SAUL; ¿Qué?

RITA; ¿Que qué?

SAUL; Qué son una estupidez.

RITA; Tus celos.

SAUL; ¡Cómo no me iban a dar celos! ¡Sal allá afuera y mírate estrellada en la banqueta, con la cabeza reventada! ¡Te hubieras visto fajando con ése!

RITA; ¡Ya estuvo bueno! ¡Ya no te soporto! ¡Esto se acabó! (toma su bolsa. Se pone el saco y sale. Se le escucha bajar corriendo los escalones. Luego se oye un grito de sobresalto afuera y vuelve a subir. Abre con sus propias llaves la puerta y corre al teléfono. En el grueso directorio de teléfonos, consulta una de las primeras páginas y marca:) ¿Cruz Roja? Urge servicio aquí en la calle de Giorgione 17, Mixcoac. Esquina Boticelli. Hay una mujer herida de bala en la calle. Una herida en el hombro. Creo que no está muerta. Sangra mucho... Avisé yo, Rita Avila de... de nada: Rita Avila. Gracias. Apúrense, por favor (cuelga). ¡Si el de al lado es doctor! (sale y toca en la puerta contigua. Nadie contesta.) Ahora sí la hiciste buena... ¡Acribillando inocentes por celos imaginarios!

SAUL; No eran imaginarios.

RITA; ¡Ah, no! Eran fantásticos. ¡Celos fantásticos, maravillosos, gloriosos, extraordinarios! ... Eres un imbécil.

SAUL; Eso crees tú, que me puedes engañar como a un imbécil. Hasta aquí llegue. Esto se acabó.

RITA: Claro que esto se acabó. Yo no duermo con un asesino.

SAUL: Yo no duermo con una puta.

RITA: Ya cállate, ¡loco!, desquiciado.

SAUL; ¡Tiraste mi amor a la basura!

Se escuchan ruidos afuera.

RITA; ¡El doctor! Es el vecino abriendo la puerta. ¿Cómo no la vio al entrar? (se levanta para llamar al vecino).

SAUL; ¿También con ése te acuestas?

RITA; ¡Oh! Llámalo tú. A ver si todavía la salva.

SAUL (sale del departamento apresuradamente y llama al doctor): Doctor, ¡ayúdeme!... fue un arranque de celos (se escuchan sollozos y una voz ahogada en llanto) ¡Sálvela! ¡Trate de salvarla! (llora como un niño, abiertamente.)

Rita sentada en el sillón donde empezó la obra, se quita el saco. Una gruesa capa de sangre empapa su blusa de seda blanca. El doctor entra y se dirige a ella. Al tocarle la cabeza, Rita se desploma en el respaldo del sillón. Le abre los párpados y le toma el pulso.)

DOCTOR; Está muerta (se dirige al teléfono, marca y dice:) Soy el doctor Alvarez. Por favor traigan una ambulancia a...

Entra Límites a escena.

LIMITES; Sal, doctorcete, tu ciencia sirve aquí para maldita la cosa. (El doctor sale. Límites y Rita quedan solos en el escenario. Límites se acerca a ella, la toma de la mano y se sienta a su lado.) ¡Muerta! ¿Toditita? (Mete su mano por abajo de la blusa de Rita) No, no toda está muerta. Claro, para el doctor sí, para ustedes también, no es más que carne de la que hay que deshacerse. ¡Pero yo oigo su corazón cantando! ¡Rita! Soy Límites...

RITA (alzando la cabeza y mirando a Límites a los ojos): ¿Quién?

FACSIMILAR

LIMITES; No tiene importancia... Quiero hablar contigo.

RITA; Pero cómo crees que me voy a poner a platicar contigo así, muerta y con la blusa manchada. ¡Ni que estuviera yo loca! (de nuevo se desvanece.)

LIMITES; Oh, Rita, yo sé lo que te digo, habla conmigo.

RITA: Déjame en paz.

LIMITES; Mírame a la cara para decirme lo que quieras, no seas maleducada.

RITA (alzando la cabeza): ¿Así? ¡Déjame en paz! Respeta a los muertos (se desvanece).

LMITES; Obedéceme, Rita, antes de que se me acabe la paciencia (tocándola), ¿me sientes?

RITA; ¡Déjame!

LIMITES; Entonces no estás muerta.

RITA; ¡Cómo no voy a estar muerta! ¡Mírame! (se desvanece y se incorpora) ¿Viste? Bien muerta.

LIMITES (riéndose de ella): ¡Qué ridículos son, humanos! ¡Qué ridículos, qué torpes, qué cobardes! ¡Querer aferrarse hasta de la muerte! (a Rita) ¿Muerta quieres estar?

RITA; No quiero.

LIMITES; Entonces escúchame... Rita, dime, tú ¿amabas los celos de tu marido?

RITA; ¿Amarlos? ¡Los detestaba! Me tenían harta. Me fastidiaban, me eran repulsivos, una prisión miserable que yo no merecía.

LIMITES; ¿Estás segura?

RITA; ¿Cómo no voy a estar segura?... Mira a qué llegaron... Eran algo insoportable.

LIMITES: ¿Tú los cebabas, Rita?

RITA; ¿Te manda Saúl a preguntarme eso?

LIMITES: ¡A Límites no lo manda nadie!

RITA; ¿Tú quién eres?

LIMITES (al público): Ahora va preguntarme que a qué escuela

fui y que sí conocí a sus primos. ¡Es una estúpida! (a Rita) ¿Qué te importa quién soy? ¡Límites es el que pregunta!

RITA; ¡Oyeme no! ¡Con más respeto! ¡A mí nadie me habla así!

LIMITES: ¡Muérete de una vez por todas! Pero no por mis celos, ¿de qué podría yo celarte? Nada tenemos en común, en nada me amenazas... Te conozco demasiado y eres a mis ojos demasiado simple... Muérete por nada... Y tú, Saúl, vamos, deja de llorar como niño chiquito. A ver, ven (Saúl entra), Saúl...

SAUL; ¡La maté!

LIMITES; ¿Y qué?

SAUL; ¿Cómo que y qué?... ¡La maté!

LIMITES; ¿Hiciste bien o mal?

SAUL; Hice bien... Hice mal... Hice lo que tenía que hacer, tenía que matarla.

LIMITES; ¿Por qué?

SAUL; Por lo que hacía.

LIMITES; Si no era tuya... No sólo la mataste para ti... La mataste también para ella... La mataste para sus noches de insomnio, para el baño en regadera que tanto le gustaba, se la quitaste a sus padres... La mataste para sus fantasías... Pídemela y te la regreso, viva y entera, como era.

SAUL; Por puta la maté.

LIMITES; ¡Lárgate, Saúl! ¡Rita, lárgate! (salen los dos, del modo más discreto posible) Pero qué ciegos están... Siquiera llegué a exacerbar sus pequeñeces, a hacer crecer a su justo tamaño las pasiones que gobiernan esta raza de ciegos, este género de sordos, estos habitantes de la nada... ¿Qué nunca han abierto los ojos? ¿No han visto que el sol sale y se oculta, que la tierra gira, que la luna resplandece en el misterio de la noche y el mar, el mar está presente para recordarles que hay más pieles que las suyas, más corazones que el propio...? ¿Qué es un infiernito cotidiano sino una pared escondida atrás de un muro separado de la vida por una cortina inviolable? ¡Que los ojos de los cuatro se abrieran, hoy que he estallado en roja doméstica sus pasiones! ¡Aquí quiero a los cuatro! ¡Vengan acá! (Irene, Mateo, Rita y Saúl se acercan a Límites, visiblemente desconcertados) ¿Se conocen? ¿Los presento? (Los cuatro niegan con la

Esta plaquette se terminó de editar y diseñar en
Mérida, Yucatán, México el 11 de marzo de 2023.

CARMEN BOULLOSA

Carmen Boullosa (Ciudad de México, México, 1954), dramaturga, poeta y novelista. Autora prolífica cultivada en diversos géneros, fue redactora del Diccionario del Español en México publicado por El Colegio de México. Autora de obras teatrales como: *Trece señoritas*, *Cocinar hombres*, *Los totoles y Mi versión de los hechos*. En poesía ha publicado: *La salvaja*, *Salto de mantarraya* (y otros dos) y *La memoria vacía*. Su producción narrativa incluye títulos como: *Mujer desaparece*, *Antes*, *El libro de Eva y La otra mano de Lepanto*.

Carmen Boullosa estudió Lengua y Literatura Hispánica en la Universidad Iberoamericana y en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Becaria Salvador Novo (1974), profesora visitante en San Diego State University (1990), impartió la Cátedra Alfonso Reyes en La Sorbonne (2001), en New York University (NYU) dio la Cátedra Andrés Bello (2002-2003). Formó parte del cuerpo académico de City College, CUNY (2004-2011) en donde dictó cursos sobre literatura latinoamericana. Desde el 2018 a la fecha es conferencista distinguida del Macaulay Honors College (CUNY).

En 1989 fue galardonada con el Premio Xavier Villarutia por *Antes*, *La salvaja y Papeles irresponsables*. En 1996 obtuvo el Premio Liberatura, de Frankfurt, Alemania por la versión alemana de *La milagrosa*. Al año siguiente (1997) gana el Premio Anna Seghers de la academia de Artes de Berlín, por el conjunto de su obra. En 2009, en Madrid, obtiene el Premio de Novela Café Gijón por *El complot de los románticos* y en 2015 el Premio "Typographical Era Translation Award" por Texas: The great theft.

Su obra se encuentra incluida en las antologías *Monumentos reversibles: poesía mexicana contemporánea* (Washington, Copper Canyon Press, 2002), *Casa abierta. Los escritores redefinen el hogar* (Saint Paul, Minn., Graywolf Press, 2003), *Violaciones. Historias de amor de Mujeres latinoamericanas* (University of Nebraska Press, 2004), Escritores mexicanos sobre escritura (San Antonio, Trinity University Press, 2007), *Cómo nos venimos de Meditaciones sobre América* (Nueva York, Atlas, 2009), *Función privada. Los escritores y sus películas* (Cineteca Nacional, 2013), *BOMBA. Las entrevistas con el autor* (Nueva York, Soho Press, 2014), *Poesía soy yo. Poetas en español del siglo XX* (1886-1960) (Madrid, Visor, 2016) y *Sin literatura no hay derecho* (Tyrant Le Blanche / El Colegio Nacional, 2017); además de colaborar en libros de artistas, entre otras actividades interdisciplinarias.

Obtiene en 2023 el Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco, máximo galardón otorgado por la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY) y la asociación UC-Mexicanistas, a través de la Feria Internacional de la Lectura Yucatán (FILEY).